



EL EVANGELIO SEGÚN LOS PERROS

Gino González

El evangelio según los perros



Cuadernos de Difusión
Colección Narrativa del Siglo XXI

Cuadernos de Difusión
Colección Narrativa del Siglo XXI - N°- 9
© Fundación para la Cultura y las Artes, FUNDARTE 2016

El evangelio según los perros

Gino González

Imagen de portada
Título: *s/t*
Autor: Gino González
Técnica: Acuarela sobre cartón
Año: 2013

Al cuidado de: Héctor A. González V.
Corrección: Mónica Mancera
Diseño y concepto gráfico general: David J. Arneaud G.

Hecho el Depósito de Ley
Depósito Legal: N° If23420168001922
ISBN: 978-980-253-674-0

FUNDARTE. Av. Lecuna, Edif. Tajamar, PH
Zona Postal 1010, Distrito Capital, Caracas-Venezuela
Telefax: (58-212) 5778343 - 5710320
Gerencia de Publicaciones y Ediciones

El evangelio según los perros

Prólogo hereje para un evangelio

HÉCTOR MUJICA, cuentista y cuentero, solía decir que Venezuela es un país de cuenteros y cuentistas. Hay gente que se ubica en una sola de esas categorías, aunque ser lo uno o lo otro no dé ninguna categoría. El cuentista es el que escribe cuentos. El cuentero es el que los echa. El primero es un literato y pudiera incluso llegar a ser un virtuoso. El segundo es un conversador, en muchos casos un hablador de..., y por lo general, no llega a ninguna parte. Borges es un cuentista; Gino González –perdonen el paralelo asimétrico– es un cuentero. Juan Rulfo es ambas cosas: cuentista y cuentero. García Márquez también. Otros son invencioneiros (Denzil Romero *dixit*), fabuladores, fantasiosos o soñadores, que todos los caminos conducen al cuento, aunque no todos los relatos sean cuentos de camino.

Si el cuentero es un hereje, esto explica por qué Gino González le puso a uno de sus libros de cuentos el título de *El Evangelio según los perros*. Quien narra es un conversador de pueblo o para decirlo con palabras del autor, un jablador de pendejuras. ¿Qué es toda la literatura sino una inagotable y exquisita habladera de pendejadas?

Empero, desde que el hombre empezara a hablar y mucho antes de que inventara la escritura, le dio por contar o «jablar pendejuras». Así nació un arte de encantamiento, en el que narra o habla y en el que oye o lee. No pasaría mucho tiempo para que el ser humano uniera cuento y canto y contara cantando y viceversa.

Esto de «viceversa» es del carajo porque es como venir de allá para acá. Así lo descubrimos al final del relato que da título al libro. La hediondez (o el aroma) de Diógenes enamora y rinde a su mujer que, al parir, encontrará en el hijo la misma seductora hedentina y la historia se viene entonces de allá para acá, en una repetición cíclica de mabita familiar o de culebra que se muerde la cola. Cuento directo, escatológico, sórdido, sensorial, brusco, erótico y sudoroso. Gino lo escribió, pero pareciera que lo estuviera echando, o mejor, escuchando en algún mostrador de bodega de pueblo, ya de tardecita, despidiendo el calor y dando la bienvenida a los zancudos sin zumbido.

Ambiente y personajes –humanos, animales o vegetales– entroncan con lo que los buscadores de los pasos perdidos de nuestra literatura llamaron realismo mágico. No hay que explicar mucho donde todo es real y todo es mágico. Que un muerto regrese a arreglar su viejo Chevrolet, se meta debajo y no salga de allí sino hasta que lo prenda y se marche con la mano en el volante, no es un invento de nadie sino una historia que pasó

y la gente la cuenta con la seriedad con la que se relatan las verdades grandes y las grandes mentiras. Nadie en el pueblo ni en todos los pueblos a la redonda se pondrá a averiguar si es cierto o no lo que, tan solo al escucharlo, dan por cierto.

Gino González es un recogedor de cuentos e historias. Después los cuenta o los canta con una seriedad que a uno hasta le provoca creerle. Me recuerda a un viejo titiritero y bello fabulador llamado Javier Villafañe. Conocí a este maestro en la literaria ciudad de Mérida, cuando él formó parte de un jurado que me otorgó mi primer premio de narrativa por un cuento cuya ingenuidad hoy me abruma. Javier Villafañe anduvo de pueblo en pueblo recogiendo los relatos espontáneos de los niños y luego los publicó en un libro que tituló: *Los cuentos que me contaron*. Sin propósito literario o de recopilador, Gino anda en lo mismo, pero sin proponérselo. Sólo que escucha, su memoria guarda y llegado un momento él siente la necesidad de compartir –por el cuento o el canto– todo lo que escuchó por los caminos. De allí ese tono conversacional, coloquial, de sus relatos.

Hay que estar alerta, sin embargo. De súbito, en la conversación campechana, se cuele la expresión culta o la cita filosófica como si de pronto al narrador le diera por vacilarnos. El lenguaje entonces se burla de sí mismo. No es pedantería intelectual, sino mofa a la intelectual pedantería. No intentaré explicarme. Hay pasajes cruzados

por la prosa poética, como también la poesía con sus versos libres intercalada en el relato, suerte de oración o letanía –si se quiere parábola– que debe expresar todo Evangelio, así sea un evangelio según los perros, con esos olores que perturban o seducen como en *El Perfume* de Patrick Süskind, perdonen ustedes ahora que me salga de la pulpería donde tan cómodos estábamos entre la miel, la panela y el chimó.

Gino González es un coplero y todo coplero es un cuentero que a veces no puede evitar ser también cuentista. Es un contador de los caminos. A veces cambia los trastes del cuatro por las teclas de la computadora y el canto se hace cuento cuando la nota se hace letra. Bendito él que tiene esa virtud, talento o cualidad de pasar del sonido al silencio y seguir contando sin embargo. Lo que persigue, acosa o angustia a Gino es lo que nuestro amigo Orlando Araujo denominó necesidad o «afán de expresión». En este libro, *El Evangelio según los perros*, a lo largo de sus veintiún relatos, el autor da rienda suelta a esa necesidad y a ese afán de contar y cantar y contar por los siglos de los siglos si Dios le da tanta vida, siempre y cuando haya un alma que lo lea o una criatura que lo escuche.

EARLE HERRERA

Caracas, enero de 2016

Cer o cho

Había una vez un cazador que se fue al monte. Él fue para cazar animales, pero se le olvidó la escopeta y la pistola y lo que se llevó fue el machete y se puso fue a cortar las matas y los árboles y se cayó en un hueco y cuatro años después hicieron una carretera por donde estaba el hueco con el hombre adentro y se cayó mucha gente y muchos carros y un año después taparon ese hueco y esa gente se quedó adentro.

TOMASINO. El hueco

Siete años cuando eso

PARECERÁN PENDEJURAS, pero he conservado hasta hace unos años atrás, hace tiempo que no se ande está, un trabajo del primer semestre en la universidad que eran unas 5 cuartillas, incluyendo la carátula, donde aquel profesor de filosofía me puso cero ocho, no tanto por el contenido, sino por 89 errores ortográficos. Me acuerdo de ese profesor, era un carajo encorvadito, no creo que por la edad. Desde luego era: «Allá viene el viejo». Lo era para nosotros. De él mismo había dicho una compañera: «Fíjate que todo el tiempo anda borracho».

Nojoda, y casi toda la noche la pasé bebiendo seducido a conciencia por aquella parranda tan hermosa con el arpa de Rafael Infante y que los

estudiantes no valoraran el esfuerzo por levantarme y llegar a clases temprano para contarla, también pensé yo el día que tal vez con la misma edad de aquel profesor entré a dar clases de Cultura Popular y Folklore al aula de la universidad donde trabajaba. Ya para ese momento había sido ensalmado y espantándoseme la mabita académica pegada en el cerebro como desabrido chicle mascado hasta la estupidez y me había reconciliado con la palabra campesina sabrosamente emborrachadora en la voz de Guadalupe García, Olegario Martínez, Juanita Farfán y Margarita Hernández junto a la bandola guaribera «con su requisito repertorio» de Juan Esteban García y el violín «machete y garabato» de don Elio.

Sin odios contra Paganini ni Aristóteles llegué con la mente clarita por los tragos y con la conversa de esa noche retumbándome en las paredes del cráneo como gallos en la madrugada silenciosa. Y recuerdo que hice una argumentada y elocuente exposición en torno a la materia como nunca lo había hecho antes, ¡que se muera Dios si es embuste!, pa que unas muchachas tan sólo murmuraran: «Aquí huele a ron, unju... me brindó, profesor». Y no tuve más remedio que decirles: «Bueno, muchas veces he llegado aquí por la mañanita y ustedes, damas y caballeros, andan impregnados de perfume saturando el ambiente hasta el vómito, y nada he dicho».

Y ese profesor cuando nos entregó los trabajos corregidos, veo que estoy aplazado con cero ocho y no me gustó, claro, pero entonces reviso y fue cuando vi aquellos señalamientos rojitos de cada error en rojo con ese rojo tan rojo en esas letras tan negritas.

Dónde estará ese trabajo, siempre conservé ese trabajo. A lo mejor la polilla cuando se comió la carpeta plástica donde estaba, arremetió también contra el papel debido a alguna palabra polietilénica escrita allí.

Era un cero ocho bien dibujado en la portada y a lo largo del trabajo todos aquellos círculos en rojo señalando cada error. Era el tiempo cuando se evaluaba con colores para didácticamente señalar las fallas.

Lo cierto es que guardé ese trabajo, quizás porque lo hice a máquina bien bonito con aquellas letras tan negritas. En fin, aquello era un dibujo total todo aquel ese trabajo él.

Yo me pregunto, ahora que estoy determinando la psicología de mí de cuando eso pa atrás: ¿por qué guardaría ese trabajo? Así como un presentimiento de algo de quién sabe qué, no me importó el fracaso reglamentario, sino lo bonito y de lo bien que lo escribí con cuidadito en la máquina de escribir, la de la manigueta pa'l lao zurdo que la jalaba pa abajo y salía el papel ¡zuas! de un sólo tiro pa arriba y que jalándola del mismo modo

metía el papel y ¡racata! ahí lista la hoja blanquita pa escribirle y aquella cinta con su tinte tintorero ¡ayayay! pa que luego el premio de esa corrección rojita con ese cero ocho tan bello.

Y en estos días voy tranquilo poco a poco en esa carretera manejando largo que sería lo mismo que estar detenidamente largo en la calle de siempre o en el balcón del apartamento o en el solar de la casa o dentro del cuerpo territorio común, pero distinto... y este planeta no será el centro del universo, Copérnico, pero yo sí...y entonces le escucho a Javier Solís esa canción que también se la escuché en mi generación a Los Pasteles Verdes: Esclavo y Amo, y de repente comprendo que se refiere es a esclavo y dueño, una antítesis que además es tremenda metáfora existencial, mística o metafísica, etc., pero yo, nojoda, 40 años creyendo que era esclavo y amo del verbo amar y también pensé que si no se prende el peo en Siria no me entero nunca de que aquella otra canción que dice «Cuatro sirios encendidos» no habla de cuatro milicianos de Damasco prendidos en candela, sino de cuatro cirios con «c» y que cuántas vainas no andaré creyendo yo que son así y no son tales, como las excelencias del 20. Ay, pero quién se retracta después de sostener una verdad por tanto tiempo, pero menos mal que yo nunca me he creído profesional un coño e la madre y reconozco que a mí, horas días en la década de los setenta esa vez me clavaron en cámara lenta a un volumen menor con Los Ángeles Negros al igual que a la juventud

hoy en día, sólo que ahora, más rápido y a más bajos y a más volumen, el tamboreo electrónico de requetones y folklores abrazados en el mismo charco los extremos que se me ocurren según los criterios de mi oído para asegurar que se dieron la mano sin conocerse, amistosamente en su tiempo, Ismael Rivera y José Romero Bello entre un odio aparente de ritmos qué se yo. Los juicios musicales sólo deberían emitirlos los que bailan.

La lucidez a nadie asombra luego del desastre. No lo comprendí mientras, indiferente a la piel, celebré jubiloso cada cumpleaños pensándome inmortal sin percatarme de la natural inmortalidad de la vida que nada o casi nada tiene que ver con lo inútil de la inmortalidad con la que me pensaba. Bien fácil decirlo ahorita inmersos en los acontecimientos planetarios donde estamos.

De nada valieron tantos escritos y tantas certezas en las tantas conversas y en la tanta embriaguez tierna e inmoral o más bien criminal para el cuerpo que fue pande agarramos luego de exprimir el espacio.

Al final qué puede interesar qué se destruyó primero, si el espacio o el cuerpo si son la misma lavativa, Zobeida. La realidad como siempre terminó abofeteando a los vicios que pretendieron evadirla.

Aún no lo logro, pero en algún momento podré relatarles los motivos que me condujeron a escribir

estas crónicas o este corrió pa que se sepa qué fue lo que sucedió.

Tragedia generalizada donde estuvimos mayoritariamente inocentes, pero culpables debido a los tantos autogoles suicidas, los cuales, en nuestra ignorancia, denominamos sacrificios según los devotos vestigios de un tiempo agonizante que aún no permitía apreciar con exactitud la fragancia de los sudores que volvían tranquilamente poco a poco sin insultos ni empujones arrogantes a la reconciliación salvaje del animal que fuimos con la persona que aún no éramos. Recurso que utilizo para llamar de algún modo ese acontecimiento, pues qué reconciliación puede tener contigo quien no te odiaba ni tampoco odiaste. Si tan sólo has sido una consecuencia, eso, la consecuencia de como honestamente viviste para la hecatombe que sórdida afrontaste como luto inevitable.

Cuántos eventos te circularon, fueron tantas las evidencias y tantos los argumentos. Fueron miles los documentales: que si el calentamiento global, que si la obsolescencia programada, que si la ecología, que si la educación para formar a los verdes del futuro, que nos estamos ahogando en la basura, que tan bonito que yo era y tan refeo que me he puesto. Nunca jamás hubo tanta información para la conciencia: ¡cuidao con una verga!, hay que ver por dónde vamos. Que los niños están naciendo con los ojos abiertos, que ya no hay dolores de parto en los vientres resbaladizos, que

son los insecticidas, que el peo es la música, que la contaminación atmosférica, que mucho ruido, que ya no cantan los gallos y si cantan perturban el sueño más que los disparos y las persistentes sirenas nocturnas de la ciudad instaurada hasta en los pueblos más recónditos, que no hay tucusitos ni cujiales, que se marcharon los turupiales del canto de tu canto de lo que escuchabas desde cuando los pájaros dejaron de ser pájaros y fueron decoración en la jaula y en las cámaras de gas... fotográficas, ansorry.

Na guará, dígame aquellas imágenes espeluznantes sobre el derretimiento de los polos y aquella tristeza cuando nos enteramos de la cantidad de los ríos desaparecidos, navegables y cristalinos, profundos y bajitos, que había antes de la revolución industrial y de la invasión europea pa acá. ¡Que la culpa fue de la máquina! ¡Del vapor y del ferrocarril! ¡Del carbón y del petróleo! ¡Qué la energía nuclear tal vaina! Que estar vivo es bueno, lo malo es lo peligroso.

Y no hubo mejor mercado para las religiones cuando esa vez. La demanda de la salvación era inmensa y la oferta también. La cola para entrar al paraíso era extremadamente larga. Innumerables los cursos y sesiones y terapias y pastillas y posgrados y doctorados y peachedé para la autoestima y la superación individual. Deslumbrantes y gigantescos centros comerciales se levantaron como templos para disipar las amarguras median-

te la contemplación en un tiempo donde el proletariado andaba igual de obesos que los patrones y la propiedad privada había sido más puta que la abuela desalmada de La Cándida Eréndira y la plusvalía había ganado todos los reinados de belleza hasta convertirse en gesto que sustituyó tanto a la risa que terminó siendo la carcajada exclusiva de la felicidad en apenas unos minutos después de haberse consolidado la incapacidad para escuchar el chinchín de la llovizna y el rumor de la brisa en los árboles.

Ya toda la abundante información se aglutinaba en el huesito ese del cerebro que está en la corona de la columna vertebral. Esa metrica, ese botuto reptiliano al que tantas veces se refirieron los especialistas del conductismo en las tantas conferencias y conversatorios sobre la alienación, terminó siendo la única parte del cerebro que usábamos y determinaría los orgasmos. No había otra alternativa para el placer. Ya el mundo estaba totalmente poseído por sonidos eléctricos. La estética de lo tecnológico andaba indiscutible a rin pelao como perro por su casa, hinchadota de aquella verdad artificial sustituyendo al sol. No se vislumbraba ninguna salida. Del último exorcista encontraron el cadáver amortajado adentro del cumaco y alrededor de él los otros tambores podridos de la tristeza.

Los objetos desde hace bastante rato ya habían superado en número unas quinientas veces por

ciento más a la vegetación y a los animales, incluyendo a la gente, los minerales, el aire y el curso de la sangre.

Y ahí si fue verdad que se cagó el mato en la cueva y todos por separado el centro del universo y la prensa preguntando: dónde lo agarró a usted El Sacudón del 27 y 28 de febrero que luego llamaron Caracazo y La Insurrección de 1814 en Venezuela, el cometa Halley y El Bogotazo en Colombia, La Guerra de la Triple Alianza propiciada por El Imperio Británico contra El Paraguay y la masacre contra el pueblo salvadoreño en 1932, la muerte de Gardel y de Benjo Cruz, El 4 de Febrero y el por ahora de El Comandante Chávez, el nacimiento de la mata y el carro rojo de Hamurabí Díaz, la guerrilla guatemalteca y el atentado sorpresivo perpetrado por El Frente Infantil Lunerito comandado por Sandino, Pablo, Cecilia, Santiago y Marcela con traqui-traquis, cohetes y tumbarranchos contra aquellos borrachos temblorosos por la falta de alcohol.

Aquellos relámpagos constantes de 17 días que convirtieron las noches en una de luciérnagas que celebramos con cerveza y cocuy y les tomábamos fotos hasta el infinito. Pero también aquellos extraños escalofríos, esos corrientazos: ¡ruasruás! de cuando en vez y ese hormigueo en el mismo dedo del pie a la par de ese persistente desgarramiento amarillo en el mismo punto cardinal.

Qué puede hacer uno ante tantos fenómenos, incluyéndote a ti mismo y al sueño para jugar a

la lotería en esa matemática donde a veces y en veces también aciertas. Qué podías hacer más allá de prender una vela en un rincón, echarte miao en el oído, contar hasta siete, beberte un vaso de agua sin respirar, poner unos machetes en cruz, devolver unos caracoles al río y a la mar, pedirle perdón al sapo por tenerle grima, mantenerte tres días en silencio, ofrendar una parte del conuco a los pájaros, tomar una lágrima dolorosa y lanzarla arriba del árbol luego del aguacero cuando las hojas gotean para integrarte al sortilegio. Todos esos rituales, desde los más simples tan simples y profundos hasta el vientre de la madre y quién sabe, hasta los templos sangrientos aun venerados en procesiones electrónicas reproduciendo las mismas oraciones de viejos libros enmohecidos, manoseados hasta el hastío, subrayados hasta la herida, implantadas como chips en los robots.

Pero tampoco los convincentes microscopios y telescopios con sus cejas erguidas hacia abajo y hacia arriba pudieron explicar esos destellos en el cielo ni establecer ninguna relación con el posterior eclipse profundo, del cual inmediatamente, las religiones quisieron como siempre oportunistamente llevarse los méritos de la explicación, pero habían perdido demasiada credibilidad desde que no pudieron explicar por qué los carros rojos nunca se accidentaban y los blancos sí, como aseguraba Hamurabí Díaz, y allí fue cuando la ciencia aprovechó para dar el golpe y autoproclamándose como la gran autoridad

periodística de la historia y única indicada para informar y explicarnos la vida, determinaron que todo era producto de que se había esparcido entre nuestra vista y el cielo mucho polvo lunar debido a que un gran meteorito había impactado contra la luna y que no tuviésemos miedo, pues eso no era preocupante y nos recordaban que los cráteres lunares eran el resultado de los impactos de esos enormes asteroides que normalmente caen en la luna cada tres mil años y todos suspiramos tranquilos. El planeta continuó conforme en su tercer lugar y no preocupó el curso celestial y personal de aquel gris que sustituyó a las nubes por un tiempo hasta que: «Súbito, un hombre en la puerta. ¡Epa vale ese es el diablo! La voz por la sala cruza. Míralo como llegó con tanto barrial y lluvia...» Y la religión: ¡¡¡¡Bingo, nojodaaaa!!!! ¡Yo lo dije! ¡Yo lo dije!

Barajo, tan pobrecitos somos que recurrimos a estas pendejadas literarias y en otros casos de igual forma, sin opciones ante los misterios, nos vemos obligados a agarrar por la pechera a la estrella más cercana: «Mira, mamagüevo, qué me ves tú, ven acá, yo necesito un Dios y tú vas a ser mi Dios, si no te entro a coñazo», para contarles que esa noche estamos ahí en esa parranda y fuimos como todos el centro de ese acontecimiento del que quiero contarles, cuando ella, la más bonita de la fiesta, a quien no le quitábamos la mirada de las tetas tanto nosotros como las otras mujeres tampoco y entonces: «!Ay, ay, ay!» «¿Qué pasa, qué pasa?»

Resulta que las tetas se le cayeron de repente como una plasta e mierda al suelo ¡plas! Y los músculos a un pana le chorreaban por los brazos, las piernas y las nalgas, y al abuelo le dio una vaina como un infarto y los teléfonos celulares perdieron la señal y el de la casa también, y había que llevarlo al centro médico y los carros no encendían y se fue la electricidad y se apagó la música incluyendo la de las guitarras que se le esfumaron las cuerdas y un desastre total todo aquello.

La causa de todo ese verguero que se armó, desde la misma noche lo estábamos percibiendo, pero lo terminamos de confirmar al día siguiente. El plástico desaparecía como por arte de magia. En principio se derretía, pero a los días ni siquiera eso, era como si una especie de polilla muy diminuta, pues era invisible, lo consumiera. Las ciudades eran un verdadero caos. La putrefacción enorme, como supondrán, en los últimos tiempos casi la totalidad de las tuberías tanto de agua potable como las de las cloacas, eran de plástico. Por viajeros que llegaban de otras partes supimos de lo generalizado de la epidemia y por diversos medios distintos al radio y al televisor se supo que el mundo estaba colapsado. Por alguna razón desconocida, el plástico estaba desapareciendo del planeta. Los grandes capitalistas se referían al problema como la tragedia más grande en la historia de la humanidad. Reportaban cuantiosas pérdidas materiales calculadas en muchísimos millones de dólares. Su soberbia, arrogancia y estupidez eran

tanta que aún persistían en contabilizar lo perdido en dinero. Incluso, se había desmoronado un ambicioso proyecto espacial del imperialismo que llevaría a cabo esos días, consistente en un rayo de luz proyectado hacia marte por el cual mandarían una nave sostenida por él. Una especie de teleférico que a una velocidad exorbitante conduciría a los primeros astronautas para colonizar al cuarto planeta, pero la nave estuvo conformada por fundamentales e insustituibles partes de plástico.

En unas semanas la sociedad había cambiado drásticamente. En los supermercados, abastos y comercios en general estaban arrumados como chatarra cantidades descomunales de aquellas cosas que habían tenido algún componente plástico. Para el momento, en el mundo ya casi no existía ni un solo producto de la cultura material de la humanidad que no estuviera constituido por al menos una pieza de plástico, por lo que al desaparecer éste de su estructura, el objeto quedaba inservible en su función original. Luego, piezas distintas al polietileno serían reutilizadas para fabricar otras cosas en la nueva vida que se perfilaba.

Los envases, como sospecharán, ya no eran los mismos. Los alimentos: frijol, auyama, caraota, patilla, arroz o maíz, había que trasportarlos en las manos o en totumas. En sacos y morrales de hilo de lana o de algodón. En canastos de concha de juajua o moriche. En recipientes de barro, vidrio, latón o madera.

Es de suponerse también que nuevamente la religión y la ciencia darían sus explicaciones sobre el fenómeno. Fueron tan necios que aun en medio de la catástrofe pregonaban sus teorías y reclamaban el mérito de la verdad. Los primeros hablaban de castigo divino y continuaban sugiriendo las reiteradas y desteñidas oraciones y sacrificios a los mismos dioses oxidados, incluso, a algunos nuevos que se inventaron según la ocasión. Los segundos determinaron que era una bacteria que había pasado a la tierra a través del supuesto polvo lunar expandido por el aire en los días anteriores a la peste. Otro grupo de científicos, menos consagrados que aquellos, los refutaban, y aun cuando admitían lo del polvillo lunar, señalaban que la culpa tan sólo no era de la polvareda cósmica, sino que la misma había reaccionado mediante el contacto con partículas radioactivas de la última explosión atómica aún esparcidas en el aire originando la epidemia y que Einstein ya lo había profetizado en sus angustiantes reflexiones seniles.

Más tarde, en el transcurso de la sobrevivencia, cuando debido al ingenio de algunos, pudieron encenderse unos cuantos motores a base de gasolina y paralelamente la evaporación del plástico se acentuara, se supo de la magnitud con que se había abusado del uso del polietileno en el mundo al observar y advertir que al parecer el plástico se había integrado a ciertos materiales sin explicación posible, al tenerse entendido que

el mismo no formaba parte de la composición química de éstos. El virus, plaga, bacteria o lo que sea, arreció y arremetió contra el concreto, algunos vidrios, hierros y latones como adentrándose profundamente en ellos más allá de la molécula a consumir los mínimos vestigios que quizás habían por razones desconocidas en gruesas y compactas columnas de concreto o de hierro causando un deterioro extremo, por lo que se redujo considerablemente a polvo el material reutilizable de hierro, vidrio, latón y concreto. La alarma cundió al borde del pánico al percatarse de que la plaga se activaba vorazmente al encender algún motor a base de combustible petrolístico, por lo que se concluyó que la combustión de la gasolina multiplicaba a los devoradores o les acentuaba el hambre. De allí que el uso de esos motores quedó terminantemente prohibido a riesgo de la pena de muerte que las masas enardecidas aplicaban a quien osara quebrantar la regla. Sólo se comprobó que no incitaba al comején devorador de plástico, el gasoil y el kerosén en usos domésticos y sutiles tales como lámparas, encender los fogones o como desinfectantes para rociar las habitaciones.

Pero proporcionalmente inverso, ese acontecimiento de tanto malestar para los humanos se tradujo en suma alegría para el monte y los animales.

Los ríos y lagunas, el mar y sus playas, paulatinamente iban quedando limpios. Variedad de pájaros considerados extinguidos desde hacía mucho

tiempo reaparecían otra vez en los árboles y en el canto.

Obtener otras materias primas era muy dificultoso debido a la extrema codicia con que se había arrasado los recursos naturales. Las minas yacían en ruinas pavorosas donde aún se percibía la fertilidad y los alaridos como ecos de su pasado criminal. Los últimos bosques y selvas que quedaban eran la única garantía para el oxígeno.

Pero también se agudizó una activa nostalgia por lo destruido que permitió retomar tanto inofensivo conocimiento ancestral que sería muy beneficioso en adelante.

No piensen ustedes que otra vez serían los animales quienes suplirían indiscriminadamente las supuestas debilidades humanas que generaron dichos acontecimientos. Que se exterminarían los calamares para usar ciertos huesos que tienen parecidos al plástico. Que los caballos, los burros y los bueyes estarían despóticamente a nuestro servicio. En poca medida eso ocurriría, pero no con la crueldad de cuando primero.

También nos seguimos comiendo al cochino y al chivo, al pollo y al pez, pero comprendimos que quien se alimenta de seres vivos no puede pretender ser inmortal.

En esos primeros años de subsistencia ocurrió un hecho muy curioso con la electricidad. Se lo-

gró inventar un material aislante para transportar la energía, pero los conductores eléctricos no soportaban grandes distancias por lo que inevitablemente se tuvo que recurrir a idear generadores locales y domésticos. En dado caso, había gas de sobra, ríos, viento y sol. Pero eso ya no fue usado con los criterios anteriores.

En fin, todo intento por reproducir cualquier pasado destructor encontraba un bloqueo natural, y ya fueron imposibles las mismas equivocaciones.

¡Cómo que no, aquí sí!, si no escriba su propio cuento sobre el asunto. Para algo tiene que servir la literatura, al menos para determinar una realidad y darle una patá puel culo a la esperanza y a la utopía. Además si tan sólo el problema fuese el plástico es reconocer que desde la década de los 40 pa'trás este mundo era una maravilla y este cuento no pasaría de ser simplemente un relato ecológico.

Permítanme contarles que el virus embistió también contra las toxinas mentales y el cerebro también fue despojado del plástico que lo atiborraba y se empezó a pensar de otra manera.

Que de nada servía tanto diagnóstico ni tanto por qué se vivía de tal o cual manera, sino vivir. Hubo silencio, hubo calma y la posibilidad de la participación en la asamblea sin protagonismos inútiles. Cada opinión era sincera.

Por fin quedaba demostrado en la práctica aquello que instintivamente Armando «Casi Cura» alguna vez preguntara: «¿Y tú por qué estás allá y yo por qué estoy aquí?» Se definía mediante hechos puntuales e indiscutibles que el espacio o el entorno formaba parte de la emoción, los sentimientos, la energía o la fe. El nombre era lo menos importante. Que éramos uno en lo junto incluyendo mata, piedra, cachicamo, lluvia, lucero. To esa vaina una misma vaina. Bajo la frondosa serenidad de los tamarindos nos daríamos cuenta de eso cuando alguien en esos días del supuesto cataclismo que nos acontecía, se dispuso a curar a un niño enfermo mediante un ensalme: «Con esta ramita lo haré». Dijo. Y mientras acariciaba y abanicaba al niño con la rama sin ningún signo religioso recitaba su palabreo: «Esta rama tamarindo, tamarindo esta rama rindo lindo tamarindo no seas guindo dolor y anda vete que te rindo con el tamarindo lindo». Y ¡zas! el niño se curó. Así como el «sana, sana culito de rana si no sana hoy sanará mañana».

Bueno, como les decía, no hubo necesidad de explotar indiscriminadamente al monte ni la tierra ni los animales. En el pasado se había hecho hasta el límite y no daba pa más, pero lo más trascendente para que eso no ocurriera, fue entender que todo lo que había alcanzaba satisfactoriamente para todos y hasta sobraba, incluyendo la energía. Tan sólo era asunto de distribución. Desde ese momento toda grosera acumulación ni siquiera hubo necesidad de ser férreamente combatida como

en los primeros años de subsistencia posteriores a la epidemia, sino que era un absurdo y nadie lo haría a riesgo de hacer el ridículo. En la medida en que el planeta paulatinamente se recuperaba de los desmanes pasados y recobraba sus atributos naturales, la sensatez al fin se hacía ética y a nadie se le ocurriría la estupidez de una acumulación enfermiza como si fuese inmortal, pero incluso se comprendió, en esa maravilla de saberse y sentirse cada quien por separado como un todo, que aun cuando fueses inmortal en tu espacio corporal, ni eso te atribuía la razón de acumular y privar a los demás de lo que pudieses acaparar excesivamente para ti. La acumulación perdió todo sentido. Los extremos para vivir rayaban en lo imbécil.

Y de ahí en adelante no hubo más alternativa que seguir parrandeando para siempre. La muerte siguió siendo un visitante permanente que sólo llega una vez. Ella como siempre nos buscaba y nosotros como siempre la esquivábamos y nos le escondíamos, sólo que ahora como cuando se juega a las escondidas, al encontrarnos, nos reíamos con ella y ella con nosotros y sin traumas le dábamos la bienvenida particular que a cada quien corresponde.

En conclusión, comprendimos que si nos evaluábamos del uno al veinte, 20 puntos no hacían falta para vivir, y un 08 con sus errores estipulados para corregirlos en la alegría de andar juntos, era suficiente.

Amantes de la noche

*Silencio de la sabana
compañero del presagio
donde se oculta la noche
cuando el sol busca sus labios*

ASDRÚBAL ASCANIO

YA ESTOY RESIGNADO A QUE TENGAS otro amante, pero la vez que lo supe no pude evitar los celos. Pensé que toda tu inmensidad me la entregabas sólo a mí con el silencio en cada estrella, luna o sombra. El susurro del chaparral fue el correo del claroscuro encantado. Estábamos al frente de la casa alrededor de la lámpara, la conversa, la guitarra y el aguardiente. Invisible a los demás llegaba de vez en cuando la incertidumbre a decirme recados secretos al oído. Tú, como siempre, lejos de la luz y del grupo, me mirabas silenciosa invitándome a la entrega apasionada. La cabellera misteriosa se abrazaba a tus labios entreabiertos ofreciéndome el grito atrapado en tu cuello que sólo mis lágrimas le habían escrito el éxtasis. Busque el momento propicio para ir al encuentro. El grillo me dio la señal y caminé hacia ti por el camino solitario bebiendo los primeros tragos del sueño en cada paso que me alejaba de la lámpara insertándome en tu delicia. Y allí estaba él. Sentado sobre una piedra fumando un cigarrillo con la mirada

profunda sobre ti arrancándote los suspiros. Simulé que orinaba y lo saludé: «¿Qué hubo Agustín?» Le dije y respondió, casi sin mirarme: «Aquí, pensando güevonás». Pero fue evidente el brillo humedecido de la luna en su pupila y comprendí que también le pertenecías. Regresé con la fiebre congelada a la luz y al grupo. El solar era bastante grande, pude buscar otro sitio para estar contigo, pero esa vez no quise compartirte. Desde entonces, cada vez que me escabullo hacia algún lugar apartado para emborracharme de ti mediante los exquisitos misterios del silencio nocturno madurado tanto en la bodega del infinito, pienso, en algunas oportunidades, que también lo estará haciendo aquel otro amante de la noche.

El carro

A Paulino González y a Hernán Farfán

POR LA CARRETERA Y QUE LO HAN visto buscando pasajeros. Y que le llega cerquita a la gente pitándoles la corneta. Los que no sabían la broma y se montaron con él, cuentan y que los llevaron bien lejos, pero cuando se apearon estaban otra vez en el mismo lugar.

Tato salió en un carrerón y entró a la cocina gritando:

—¡Mamá, mamá, ahí está mi papá en el patio!

—¡Ave María Purísima! Muchacho, deja los inventos.

Respondió La Viuda persinándose.

—Es verdad, allí está afuera.

Ratificó el niño.

La mujer se quedó un instante inmóvil, pensativa, luego se lavó las manos y secándose las de la bata salió. Al llegar al patio se detuvo un momento, hizo un gesto de extrañeza y se interrogó en voz baja:

—¿Y este qué hace aquí?

Allí estaba su marido lleno de grasa, arreglando el carro como en la cotidianidad de los años anteriores.

—¿Qué pasó, por qué te viniste?

Le preguntó por todo saludo

—Que José Nolberto es más flojo que el carajo. Ese no iba acomodá este carro más nunca, y tú sabes que a mí no me gusta dejar las cosas a medias.

Respondió de espaldas sin dejar de trabajar.

Hubo un silencio inevitable y al poco rato el hombre comentó:

—Esto está hecho un desastre.

—Ese pereto no sirve, chico, eso lo tienen Tato y los demás muchachos del barrio de juguete.

—Cómo no va a servir, mujer.

Dijo entredientes debido al esfuerzo al tratar de aflojar una tuerca oxidada con la llave.

Otra pausa de silencio, ahora más familiar, los envolvió. Ella se le arrimó por detrás tratando de verle la cara por un lado. «Está igualito». Pensó.

El seguía ensimismado en el trabajo sin mirarla.

Dos años y medio antes, había fallecido de repente. Su muerte y más por esa causa, sorprendió a todos, pues no era gordo, sino de textura esquelética muy fuerte. A ella le afectó mucho. Recuerda que no se retiró ni un momento de la urna el día del velorio. Sus hijos lo enterraron, estaba segura. Si el domingo pasado nada más, había ido a ponerle flores en la tumba. «Bueno, como están las cosas hoy en día, todo es posible». Se dijo para sus adentros. Suspiró largo y le preguntó:

—¿Quieres café?

—¿Desde cuándo los muertos beben café?

Contestó en su actividad. Callaron de nuevo. Una gallina cruzó cacareando mientras el gallo la perseguía. La Viuda continuaba observándolo. Se percató que tenía un cigarrillo entre los labios, el cual no desprendía humo y le avisó:

—Se te apagó el cigarro.

—Tampoco fuman.

Le dijo con moderado sarcasmo y por primera vez le dio una ligera mirada al tiempo que agarraba un saco con la intención de tenderse sobre él debajo del carro.

En ese instante, llegó José Nolberto recortando los pasos de la carrera. El hombre no pareció

percatarse de su llegada. La Viuda cruzó una mirada con el joven y posteriormente entraron a la casa dejándolo absorto en el trabajo.

A los quince días vino Ana Rosa a confirmar la noticia. Pero ni el bullicio de los nietos ni la presencia de su única hija hembra que tan especial fuera para él, lo despegaron de la faena.

—Dios la bendiga.

Le dijo sin verla, mientras lavaba una pieza con una brocha en un tobo de gasolina, cuando ésta le pidió la bendición.

Desde que apareció siguió allí, pacientemente dedicado a la reparación de aquel automóvil con el cual trabajara cargando pasajeros hacia los pueblos vecinos. Laboraba despacio, con la calma de un orfebre, en silencio, con el cigarrillo apagado entre los labios.

Fue así como La Viuda comenzó a recibir visitas de los vecinos y curiosos que con cualquier pretexto llegaban hasta su casa para verlo. A sus amigos de siempre los recibió con la naturalidad de los pueblos. No hizo caso a preguntas. Más que obviar las conversas no parecía apto para ellas. Se diría que estaba sordo. No pasaba de los saludos usuales y respuestas concretas ocasionales. Se le veía era trabajando en el carro y por las tardes sentado en el patio abstraído mirando el horizonte

con el cigarro apagado apuntando al suelo entre los labios inmóviles. La Viuda se colocaba a su lado y allí les caía la noche como niebla, sin cruzar palabra. Cuando a ella le daba sueño, entraba a la casa y él se quedaba allí, inerte, confundido con los astros.

Una de esas tardes a la mujer se le ocurrió preguntarle:

—¿Por qué te fuiste?

El respondió tranquilo, inmutable, sin cambiar la posición:

—Uno no se va. No se puede. Te conviertes en otra vaina todo el tiempo.

«Que calma —pensaba ella— es una paz, pero no la paz de los muertos. Este parece más bien una mata».

Oscurito, al levantarse, lo encontraba en la faena. Del mediodía para abajo se diluía entre los rayos del sol y su figura, espejismo en la lejanía, se manifestaba por momentos como el destello de un cristal en la resolana. Aunque uno que otro día no se veía por ningún lado.

Una vez desapareció varias semanas, pero ella sabía que no se había ido porque sentía su presencia en el aire. Percibía sus olores entre la fragancia de las frutas. Una mañana, mientras regaba las matas,

lo consiguió. Se asustó al verlo de pronto. Estaba enterrado en el jardín. Se le veía la nariz y el pecho. Lo descubrió porque lo tropezó distraídamente y al parecer despertó, pues se levantó sacudiéndose la tierra húmeda ligada con el abono de estiércol. Por los brazos y la nuca se le miraban los retoños de plantas que le habían nacido.

En otra oportunidad, estaban los muchachos bañándose en la laguna y cuando poco lo vieron que estaba allí parado en el tapón y de repente ¡zuas! se zumbó al agua, se marguyó y no salió más. Pero La Viuda sabía que no se había ido porque sentía su respiración en el crepitar de la candela del fogón. Mojaito y verdoso por el moho lo encontró como a los dos meses allí, otra vez, con el capó del carro abierto, trabajando.

Así era, se iba y volvía inesperadamente. Hasta que una madrugada, amaneciendo, a La Viuda la despertó el carro encendido, lo aceleraba durísimo. Se levantó, salió y se le acercó. Él, con una mano en el volante y el otro brazo doblado apoyándose sobre la puerta, la miró sonriente y le dijo con el cigarrillo apagado apretado entre los dientes:

—Ta listo, me voy.

Arrancó el carro y se fue.

Encuentro

Lo que te falta te abandona menos

SILVIO RODRÍGUEZ

CAMINARON JUNTOS, CIRCUNSTANCIAS, luego en lo sucesivo, se juntaron y conversaron las circunstancias del caminaron juntos.

Algún día tenía que suceder, en cierta forma tenían los mismos amigos. En un encuentro compartido, un momento en apariencia casual los enfrentó en un recodo de la reunión. Charlaron largamente de los viejos tiempos. Al final acordaron verse de nuevo. En esa oportunidad no asomaron ni un indicio del asunto, pero era imperioso hablar de aquello. Ambos lo necesitaban. Bajo el pretexto del encuentro ese fue el verdadero motivo de la cita. A la semana siguiente estaban en la mesa del bar pidiendo las primeras cervezas bajo el aura nostálgica de antiguas borracheras remolineadas en el mismo sitio. Así, hasta que rácata, surgió el tema, suavemente, sin force.

Por ella dejaron de verse. Uno al matrimonio y el otro al despecho. Uno quería hablar por venganza, por desahogo, por cansancio, quién sabe, algo así. El otro por la curiosidad del desenlace de la partida jugada y abandonada en la mitad o más

bien por alivio al sosiego. En las últimas cervezas comprenderían que el fracaso fue la verdadera razón del encuentro y la amistad, simplemente el canal comunicativo de sus frustraciones. La conversaron bien conversá. Como dos buenos amigos o tal vez sin alternativa para el resentimiento. Con una franqueza hasta ahora desconocida para el alcohol. Uno con la amargura de lo que había sido y el otro con la incertidumbre de lo que pudo ser. Uno arrancándose costras de la piel y el otro penando por las migajas de esa enfermedad. Uno por el exceso y el otro por la carencia.

Bien borrachos se abrazaron y lloraron por la misma hembra. El llanto incontrolable se apoderó de la situación. Se lloraron las entrañas. A partir de allí, bien lejos estuvo la mujer de las verdaderas motivaciones de aquellas lágrimas. De pronto se comprendieron tan insignificantes. Se revolcaban en el suelo de la tristeza.

El ambiente nauseabundo a esa hora de la madrugada y el bostezo del mesonero cuando los miró por un instante, sin asombro, acostumbrado al frecuente espectáculo de dos borrachos llorando, le tiró tierra encima a aquel acontecimiento de tanta trascendencia para la humanidad.

Cicatriz de guerra

No es tiempo de recular ni de vivir de leyendas

ALÍ PRIMERA

EL HOMBRE SE AFEITÓ CUIDADOSAMENTE y luego, mientras se cacheteaba el rostro con la mano impregnada de colonia, su atención se orientó por unos instantes hacia aquella vieja cicatriz de guerra. Hizo una mueca y se dispuso a vestirse. Todavía estaba borracho.

—¡Plánchame la camisa que me voy!

Le gritó a su esposa mientras salía del baño. Puesta la ropa interior, se metió en los pantalones y se calzó los zapatos relucientes. Se secaba el cabello con el ventilador cuando apareció la mujer con la camisa bien planchada. Terminó de vestirse lentamente. Se puso y se acomodó la camisa con sumo cuidado parado al frente del espejo de la habitación. Del mismo modo se peinó.

Desde hace algunos años ponía bastante énfasis en procurarse una presencia impecable. Pero no siempre fue así. Al abandonar la pelea y desistir de toda solución mediante la toma del poder, derrotado, se convirtió en un anarquista convencido. Incluso, agotado de tanto vituperar y reñir contra el mundo, quiso aislarse en cierta ocasión. Pensó en un rincón

escondido donde le fuera cayendo como llovizna la locura holística de Reverón. Pero no encontró, por más que buscara, un lugar donde no llegaran los eructos que lo asqueaban. La fetidez se había globalizado. No tuvo alternativa. Se insertó en la neurosis de la obediencia y la mentira. Desde luego, la guerra continuó, la protagonizaba un pueblo imperceptible para él que sólo creyó en los héroes. Bajo el manto insípido de una supuesta neutralidad asumió la traición serena en la vigilia y tormentosa en pesadillas que lo acosaban al dormir, pero que por fortuna no recordaba al despertar.

Así, buen traje, cadena de oro al pecho, carísimo reloj en la muñeca, y al dedo, del mismo calibre, el anillo de matrimonio, quién podría imaginar a un indigente de los sueños de filo al mundo gelatinoso, recogiendo las migajas de sus enemigos para sostener su miseria relumbrante. Totalmente olvidado de que una cosa es la ley y otra la justicia y que no siempre andan juntas, pensó, en alguna oportunidad para justificarse, que al menos no se metió a corrupto y a ladrón como muchos de sus antiguos compañeros. Creyó que la trampa, el atraco y el hurto sólo existían en la política o en toda actividad fuera de la ley. Como si el capitalismo y sus expresiones: el latifundio, la usura, la explotación, etc. No fueran delitos legalizados contra la vida.

El hijo en su sarcófago, perdón, en su cuarto, juega. Estará como siempre, practicando algún

deporte virtual en la computadora. La mujer limpia y ordena su enorme colección de cerámicas. No perdía oportunidad para hacerlo.

El hombre salió del apartamento sin despedirse. En la estancia quedó el acentuado perfume de su colonia. Era domingo, iría al club y apostaría a los caballos. Aun para ello andaba bien vestido. Cuestión de autoestima. No se debe descuidar. La gente come mucho cuento. En cualquier ámbito social, entre otras cosas, la ropa es un pasaporte magnífico. Sobre todo para los negocios. Porque ahora era un hombre de negocios. Se dejó de pendejadas. El alcohol siempre es el mismo, bébase con quien se beba. En lo particular, lo bebe todos los días. Sin abusar. Cuadrando algún negocio o sino en soledad cada noche su hígado filtra los desperdicios del día con unos tragos, bien sea en la casa o en el bar de la calle. Los fines de semana, da rienda suelta a su alcoholismo. Jugando dominó, barajas o bolas criollas. Únicos momentos en que bebe acompañado sin que prive un interés mercantil. Bueno, en cierta forma, dichos hábitos responden a cálculos financieros. Se divierte y la cuenta se divide entre todos. Si gana, paga menos o tal vez ni pague. Si pierde, paga algo más. Pagarlo todo, nunca. Él es un triunfador. Uno que otro traspié, pero jamás el fracaso. Por otra parte, este método, lo desliga de «gorreros» y conversaciones indeseables. En ciertas ocasiones, cuando concluye alguna partida y los demás comienzan, borrachos la habladuría, cuando se habla de política, escucha

un rato prudencial en silencio, no interviene para nada, aquello no es con él, bosteza y luego se marcha y termina bebiendo solitario en otro bar tranquilo donde nadie lo moleste.

Hoy es domingo, mañana hay que trabajar. En la tarde, al terminar las carreras de caballos, regresará a la casa y verá alguna película junto a la mujer. Con ella se acabaron los problemas. Antes vivían en un sólo peo. No ve que no se había decidido a ser farsante. Hoy sabe que la única relación que se puede establecer con ella es la de la hipocresía. Fingir, fingir, fingirlo todo. Mantener la armonía por sobre todas las cosas. Hace visitas de cortesía con ella, de esas que no pasan del recibo de la casa, de sentarse en los muebles y del cafecito. No se pelan un matrimonio, cumpleaños u otros eventos sociales. Asisten de etiqueta. Eso sí, invitación por escrito. En las fiestas se dedica a bailar con su esposa. Cero reunidera. Él habla es de negocios.

Son felices. En estos días ella le dijo: «Mi amor, llévame a un hotel, no seas malo, chico, yo quiero hacerlo distinto». El respondió de inmediato: «Claro mi vida, mi cielito. Mi “cochococha” siempre tan romántica». Años antes le hubiera replicado: «Tremendo distinto. ¿En la casa no tenemos una cama como de cincuenta metros? Na güevoná de ordinaria. Yo pensé que me ibas a proponer que nos fuéramos a un río o a una laguna solitaria y bañarnos desnudos. Hacer el amor en mitad de una sabana bajo las estrellas o en pleno día en un

monte o en una montaña mojados por un aguacero o al pie de una fogata en una playa deshabitada o entre relámpagos y truenos una noche tormentosa en una casa de campo. Noooo, para ti distinto es meterse a un hotel». Pero la paz por sobre todas las cosas y por eso llega y ¡zas! se meten en un motel y se la pega como nunca. Desde luego, se acuesta con otras mujeres. Ella sospecha. Él lo negará hasta lo último. Nunca sabrá nada. Es muy cuidadoso. Ella posiblemente también tiene un amante. Total, que coño, como será que la semana pasada unos niños atracaron una tienda de juguetes y a uno lo mató un carro cuando se regresó a recoger un «Nintendo» que se le había caído en la carrera. Es más, en el centro de la ciudad, la guardia nacional disipó a planazos una multitud de mujeres que saqueaban una tienda de cosméticos. Él fue testigo de esos episodios por mera casualidad. Simplemente los miró cuando de casualidad pasaba por ahí. Cualquier intelectualización en este cuento es de exclusiva responsabilidad del narrador. Recuérdese, el personaje protagonista de este relato no piensa, se dejó de eso.

La cerveza

Pero nadie me creyó lo de la iguana azul

RAMÓN MENDOZA

NUEVAMENTE LLEGARON AL BAR como se llega a los bares. Se sentaron en una mesa y pidieron cerveza. Al instante uno de ellos se levantó para dirigirse a la rokola. En la mesa dejó su cerveza sin probarla aún. Encendió un cigarrillo mientras seleccionaba discos para marcar. El cigarro lo sintió desagradable, sin embargo, lo mantuvo sin aspirar el humo lanzando bocanadas con desgano. No encontró un disco de su gusto. Estaban las mismas canciones que tanto marcara sin descanso, pero otra vez ninguna resultaba de su agrado. Regresó a la mesa sin seleccionar ninguna. La rokola continuó inmutable.

Aquello le sucedía desde hace algún tiempo sin saber por qué, pero tampoco se lo preguntaba. Al llegar al bar intentaba, quizás lo intentaba o era un simple movimiento signado por el hábito, de escuchar canciones, pero regresaba a la mesa sin hacerlo. Es más, su compañero de tragos cada vez que entraban al bar y él se dirigía a la rokola sabía que no marcaría nada, pero le daba igual. No respondía aquella actitud a un afinamiento superior del gusto. Era el resultado inevitable del

desteñimiento paulatino del entusiasmo, en un sujeto que fue desligándose de toda parranda y que sólo conservaba como residuo de la naturaleza colectiva de la gente, la compañía de aquel compañero de trabajo con el cual se bebía cada fin de semana exactamente dos cajas de cervezas frente a frente sin dirigirse la palabra, y de qué podrían hablar encorvados por la misma cotidianidad, preferiblemente en el mismo bar, la misma mesa, la misma silla y a la misma hora, las 11 de la mañana de todos los sábados en bares donde acudían bebedores que poco caso hacían a las rokokas silenciosas. Al final, bien borrachos pagaban la cuenta entre ambos, partes iguales, ni más ni menos y se marchaban sin despedirse.

Aquella vez, al volver a la mesa, tomó la cerveza y se dispuso a beber, pero al primer trago escupió con fuerza y vociferó:

—¡Esto es agua!

Vino el botiquinero y se la cambió, pero al probar la siguiente gritó de nuevo:

—¡También sabe a agua!

Regresó el botiquinero, tomó la cerveza, vertió un chorrito en el piso, el cual hizo espuma y afirmó:

—Está buena.

El hombre la probó nuevamente y le dijo:

—Todavía me sabe a agua. Deme otra que yo las pago las dos. Yo cargo rial para pagar, no le estoy sacando fiaio.

Le trajeron otra cerveza y también le supo a agua. Se la extendió a su acompañante para que la probara:

—Es cerveza.

Le dijo el amigo y se la regresó para continuar mirando al suelo, pensativo tal vez, sin interesarse por la angustia de su compañero.

Bebió una vez más y berreó:

—¡La pinga, esto es agua!

Entonces agarró la cerveza y la fue llevando a cada uno de los bebedores del botiquín y todos le dijeron que era cerveza, pero él, en cada sorbo que bebía, seguía insistiendo que era agua. Probó todas las cervezas de la cervecería y todas le supieron igual. Visitó todos los bares del pueblo, del país y del mundo y todas le supieron a agua.

Desde ese día, sus borracheras fueron más insípidas que siempre para vivir y morir alcohólico de intrascendencia.

Los delirios de misia Claudia

Cuando renuncie a todo seré mi propio dueño

ANDRÉS ELOY BLANCO

MISIA CLAUDIA, QUE CUANDO ESO no era misia ni claudia tampoco, nació desnudita en cuerpo y llanto. A la media hora, arropadita en tersas cobijas de colores femeninos, ya lucía para encanto de sus padres, un nombre nuevecito en su existencia, un monito rosado, un lacito color fucsia incrustado en el cabellito escaso, unos zarcillos de oro, una esclava con la Virgen de la Coromoto del mismo calibre y desde luego, un brillante azabache en el pie izquierdo para protegerla contra el mal de ojo. Más allá del nacimiento nunca tendría oportunidad de apreciarse a sí misma sin prescindir de su entorno. La cuna cuidadosamente arreglada, el cuarto repleto de peluches, afiches con todos los personajes de Disneylandia y la colección de muñecas Barbie que continuaría después con sus hijas. Esto sin comentar el volumen de juguetes, los cuales pasaron por el recibimiento jubiloso de la adquisición y por el desprecio del rincón con la llegada de uno nuevo. Del bautismo, la primera comunión y la múltiple vestimenta acumulada debido a la compra de un vestido para cada ocasión ¿qué se podría decir? Se comenta y que cuando mudó los dientes, los cuales su madre y

ella misma conservarían en un cofrecito junto a su ombligo disecado, estrenó un vestido por cada uno. A partir de la celebración apoteósica de su primer cumpleaños y de los venideros, siempre organizados de tal forma que superaran a los anteriores, inició un minucioso repertorio de velitas, las cuales mantuvo desde la inicial de su primer añito hasta las últimas de los setentitrés que por cierto sirvieron para alumbrarla el día del funeral. En la escuela coleccionó excelencias. Preservó sus cuadernos llevados con esmero, los exámenes de altísimas calificaciones, incluyendo uno de ellos donde inexplicablemente salió aplazada, el cual retenía como una mancha del mismo modo que llevaría por siempre la huella, también inexplicable, de un desencanto amoroso, junto a hojas y flores escachapadas entre las páginas de libros marchitos. Así mismo, reunió un grupo de amistades selectas y adquirió una memoria digna de espectáculo para asimilar y recordar fechas de cumpleaños, onomásticos, aniversarios y otras ocasiones especiales. Evidentemente, encajó a la perfección como víctima y victimaria en la ruleta del regalo y la tarjetanga. Sus álbumes fueron los más envidiables dentro de su círculo, no sólo por lo impecable, sino por la magnitud de los mismos. Engrosarían, pues claro, más adelante, su quincallería personal, los momentos petrificados en instrumentos adquiridos y conservados en pedestales límpidamente clasificados para cada latido del corazón, los detalles del enamoramiento exacto de míster Victoriano, con el cual sostendría

un elegante noviazgo, y en el recóndito manicomio de su mente arrojara aquel amor de zapatos sucios que la perturbó. No creo que resulte interesante los pormenores de aquella relación sostenida a imagen de los antaños folletos de educación moral y cívica, tomando en consideración, para beneplácito de la joven Claudia, que el Sr. Victoriano la conquistó siguiendo minuciosamente las recomendaciones de un manual de urbanidad adquirido para ese fin. No vale la pena tampoco describir la magnánima ceremonia matrimonial liderada por el obispo, la emperifollada fiesta, la evaporante champaña, los diáfanos manteles, los floreros de orquídeas, las lágrimas de la novia que no osaron trastocarle el maquillaje y la primera noche nupcial ocupados en desenvolver los regalos.

La casa se construyó teniendo como modelo las instrucciones de la Sra. Claudia: íntegra de cerámica y ladrillo. Allí se dispuso de toda la variedad de artefactos electrodomésticos existentes en el mercado bajo una correcta simbiosis con las tradiciones alimentarias y religiosas. Vale la pena destacar un nacimiento de concurso por lo exuberante, mas no por lo creativo, siempre el mismo en la misma navidad, a excepción de los nuevos recargos agregados cada año invariablemente dispuestos bajo la pauta central; y también un altar a José Gregorio Hernández esgrimido en el patio de la casa. Es de suponerse, la Sra. Claudia no faltó un solo domingo de su vida de «cordura» a misa.

Ninfomaniaca de la limpieza: coleteo todos los días de la semana, minucioso estrujamiento con sustancias especiales para el encandilaje de la madera y el espejismo de la utilería de plata. Un vaso directamente en la mesa sin el pañito correspondiente, una gota de agua en aquellos muebles, era motivo de escándalo. Los heterogéneos y más refinados adornos, jarrones, estatuillas de porcelana, ceniceros que no conocieron ceniza alguna; fueron mantenidos en sus lugares habituales protegidos de la curiosidad infantil, mediante el régimen esbirro del «no se toca», «eso es caca», con el correspondiente azote bien duro en el dorso de la mano.

Míster Victoriano por su parte, habitaba en la siguiente personalidad. En un lugar visible de la casa tenía muy bien enmarcado su árbol genealógico. Allí se demostraba, mediante un preciso delineamiento histórico, su descendencia de la más alta alcurnia continental y mundial. No cesaba de comunicar su pedigrí: familia de Andrés Bello y el marqués Del Toro, descendiente de Alfonso Décimo El Sabio por un lado y de Carlo Magno por el otro.

Aquellas pertenencias tan pertenecidas de misia Claudia llegaron al límite cuando murieron sus padres y heredó la casa materna con todo lo que tenía adentro, la cual fue vendida por recomendación de míster Victoriano y ella aceptó, muy a su pesar, por el sagrado sacramento de la

armonía conyugal, pero trasladó los corotos a su casa, esta vez seducida por el fantasma de la nostalgia que dio la categórica estocada para el desarrollo epidémico de su descomunal museo doméstico. Y al extralímite a su regreso de Inglaterra, ellos en avión y la mudanza por barco. Ese viaje, planificado por mister Victoriano con el propósito de establecerse por un período en el exterior mientras duraba el acontecer político nacional desfavorable para sus intereses, mantuvo exaltada a la misia, no por lo que encontraría allá, sino por lo que se quedaba. Ella, que no era partidaria a dejar la casa sola por el miedo a los ladrones, que en dado caso, mantenía el radio a todo volumen y luces encendidas de bombillos solitarios para despistar a los delincuentes; que dejaba artefactos, mientras tanto, en la casa vecina y transportaba con ella valiosos tesoros personales como método más eficaz, debía abandonar sus dominios por un tiempo indeterminado. Dos meses antes de la partida se ocupó metódica y obsesivamente, todos los días, de embalar en cajas, baúles y maletas las cosas guardables y a plastificar o ensabonar sus inmuebles. Inmersa entre el olor insoportable a naftalina, veneno para ratones e insecticidas de acción duradera, recomendaba con insistencia a la Sra. Margarita, mujer de confianza, quince años a su servicio, y quien quedaría a cargo de la casa, los cuidados a tener. Algunas veces, tropezaba con algo, lo tomaba y apretándolo contra su pecho exclamaba: «ay no, esto no lo dejo». Y lo que pudo se llevó y dejó también, no conforme,

las instrucciones reiterativas: una larga lista a la Sra. Margarita con las indicaciones a seguir en su ausencia. Desde luego, una psicología de estas cualidades en todo el trayecto la acosó. Inventariaba mentalmente con el temor de no haber dejado bien resguardado algún asunto, experimentaba momentos de angustia, y al rato se tranquilizaba al recordar que sí. Pero su recorrido por el mundo no fue en balde, lo aprovechó para iniciar un nuevo pasatiempo, impulsada por su devoción católica: una colección de rosarios de todos los países.

El vicio terminó por consumirla, repito, cuando volvieron a residenciarse en el país y a los corotos dejados se sumaron los traídos del extranjero. Aquello era un acomoda que te acomoda y un limpia aquí y un limpia allá y se puso tan fastidiosa que las muchachas de servicio no le duraban ni una semana. Sólo la Sra. Margarita la aguantaba porque se dio cuenta primero que todos que misia Claudia estaba loca de remate y no le hacía tanto caso. Los demás se percataron de la demencia cuando comenzó a desbalijar lo dejado y cientos de ratones salían despavoridos junto a miles de cucarachas y esa doña con unos lloros al mirar aquellas sábanas «bordadas a mano, Dios mío, por mi mamá», carcomidas de chiripas y ya no consiguió más oficio que pasarse horas y horas diariamente entre sus cachivaches. A veces agarraba un tema y pasaba días buscando «un mantelito, Margarita, que trajo mi abuela de Escocia, ¿no lo has visto?» y ponía la casa patas arriba registrando lo registrado y la

recatada señorita y señorona Claudia que jamás en su vida había dicho una «mala palabra» vociferaba unas de película pornográfica. «Me roban, Margarita, me están robando». Allí fue cuando la agarró por esconder cosas debajo de la cama o de la almohada y su cuarto lo llenó de peretos para mayor seguridad. Los objetos la acosaban por todas partes como perros arriba del amo lamiéndole la cara y a ella le faltaban manos para acariciarlos. Seguidamente, las peleas con su madre muerta a quien le profería los insultos más asquerosos que lengua alguna haya emitido. El amante imaginario para el cual se maquillaba, se colocaba añejados vestidos de su abarrotado escaparate y se derramaba encima frascos enteros de su extenso conjunto de perfumes impregnando la estancia hasta el ahogo. Sus carreras por toda la casa con una escoba persiguiendo a un loro inexistente que le gritaba: «vieja loca». Las mañanas cuando amanecía llorando y pataleando como una niña malcriada: «dónde está la muñeca que me regaló mi padrino». Después vinieron los psiquiatras, los calmantes y las enfermeras para atenderla, pues a la pobre vieja terminó por darle una embolia que la dejó paralizada por completo con los ojos y la boca torcida. Así estuvo un tiempo hasta que un día, a causa de la jedentina, se percataron que esa señora tenía setentitrés años de muerta y la enterraron rapidito concluido un pomposo, pero breve funeral. A los meses falleció míster Victoriano. La herencia la despilfarró un nieto que era más borracho que el carajo. Los carajitos rompieron adornos, rayaron

paredes y destartalaron muebles brincándoles encima. La mujer de ese nieto, la cual no andaba con miramientos, agarró «finísimos» jarrones importados para sembrar matas. Las mesas, con quemaduras de cigarro por las orillas, aterrizaron, años posteriores, con las patas quebradas en un basurero y bien licitas en el centro de tanta partida de dominó que jugaron sobre ellas.

Trampas

El enemigo si se consigue dormió mejor

OLEGARIO MARTÍNEZ

ESTÁ INDECISO SOBRE IR o no ir a un sitio que no recuerda. Decide marcharse y de caminando lentamente comienza a caminar más rápido hasta que comienza de pronto a trotar y luego a correr con fuerzas. Las piernas las siente livianitas. Se le presentan obstáculos que esquiva con alegría y agilidad. El lugar por donde corre se asemeja, en algunas partes, a las zonas del recreo de la escuela de su infancia, en otras al liceo de donde lo expulsaron, pero también se parece a ciertos espacios de las afueras del pueblo donde se crio. Por esos lugares pasa mientras corre. Pasa por la laguna, específicamente por un costado de ella por donde nunca se bañaban, pues era un punto fangoso y espinoso debido a que tenía muchos cujíes a la orilla. Por allí pasó una vez volando bajito al ras del agua, luego de haber volado por encima de las casas del pueblo solitario en la madrugada, pero en la siguiente oportunidad ya el agua se tragaba sus piernas y tocó el barro con los pies, sin embargo, aunque se hincó, pudo salir. Al intentar cruzar nuevamente sí cayó aparatosamente en el charco y se enterró en el fango y las espigas lo herían con mucho dolor en las piernas y los pies. Pataleaba en el barro con el agua al pecho, mientras en la orilla escuchaba a varias personas que le gritaban como

salir: «Hazlo así. No, así no, así». Se retorció de dolor y desespero tratando de escapar, pero no les quería hacer caso, deseaba hacerlo a su modo. Entre esas personas estaba el marido de ella, el cual, fingiendo que lo ayudaba, le decía: «Bruto, bruto». También estaba su mamá con una mirada de vaca arrogante queriendo protegerlo. Todos querían auxiliarlo, todos opinaban, pero nadie le daba la mano. Se tiraban al agua y cerca de él, decían: «Mira, pendejo, mira como yo nado y tú no lo haces». Se burlaban de su angustia. Todos hablaban a la vez esgrimiendo diferentes métodos de salida. El marido de ella nadaba a unos metros de él haciendo piruetas en el agua, retándolo: «A que no haces esto». Él pensaba: «Como no lo voy hacer, si yo nací en esta laguna, si yo sé nadar de varias formas», pero no encontraba la manera de escapar. Al fin, después de un gran esfuerzo, salió arrastrándose lleno de fango. Se sentó en la orilla a descansar. Estaba muy adolorido, tenía bastantes espinas en los pies y las piernas, sobre todo en las piernas. Su mamá apareció en el acto queriendo arrancárselas y la apartó. Le molestaba su insistencia. Descansó tendido en el suelo. Al rato se sacó una de las espinas con mucho dolor y era larga, muy larga. Luego se quitó otra, la cual le dolió menos y resultó ser una flor. La madre insistente lo regañaba mientras le decía como debía sacarlas. No pudo evitar que le extrajera algunas, pero él la esquivaba molesto diciéndole: «Apártate, no me las retires todas», mientras pensaba: «Déjame unas cuantas para que ella me las saque mañana cuando la vea».

El corrío de Anastasio Hernández

*Mataron a Marcelino, jay...
en el paso e Tinaquillo
yo no lo vide morir
pero, si vide el cuchillo*

GRUPO LUANGO

«Tono llanero y pajarillo»

(Edo. Guárico. Inf. José M. Castillo)

ENTRE LAS PENUMBRAS, DEBAJO de un guayacán, lo conseguí parado en un recodo del camino la noche que lo mataron. Había un baile en el pueblo y yo iba con mi compadre. Al verlo, nos detuvimos un rato a saludarlo:

—¿Qué haces ahí, loco?

Le preguntamos.

—Aquí, pensando si más bien devolveme pa la casa o seguí pa'llá arriba a tomame una cerveza.

Ahí lo dejamos indeciso. ¿Quién se iba a imaginar que el hombre decidiría seguir al pueblo y que esa noche lo matarían en el botiquín de Juncio?

Bastante lo conocí, aunque al crecer cada cual andaba por su lado. Apenas se hizo hombre se

convirtió en una fiera. Saldría al abuelo, pues el abuelo de Anastasio cuando joven, ese don y que era un veterano jugándose las almas. Diestro con el cuchillo y el garrote. Experto dando cabezazos. En los topochales y que practicaba. Que se le zumbaba de cabeza a una mata de topocho como a siete metros de distancia y no la pelaba. Con los años quedaron las leyendas. Ya no bebía, de broma mascaba tabaco, en las tardes casi siempre frecuentaba los bares y se ponía para distraerse a ver a la gente jugando. Así viejo como estaba, una vez en una cancha de bolas criollas, un hombre y que le gritó:

—Quítate del medio, maldito viejo.

—Respete, bordón, respete.

Y que le respondió el don. Entonces, el otro alzaó y que lo puyó con un garrote y el viejito y que se planeó así pa un lao ligero y se quitó una alpargata. Se le paró a una distancia prudente y que le dijo, no bravo, sino como aconsejándolo:

—Mire, joven, cuidao como le sale el diablo encamisonao.

Al sujeto aquello lo ofendió y empezó a zumbarle garrotazos. A cada tiro del garrote, el viejito y que se le apartaba y le daba con la alpargata en el cachete. No pudo pegarle ni un garrotazo al don, pero él y que salió con la cara jinchá de tanto alpargatazo.

Anastasio, de muchacho, no parecía haber heredado aquellas artes de peleador de su abuelo. Al contrario, fue tímido y acobardado. De niño cada vez que le buscaron pleito soportó empujones sin pelear. Tendría como catorce años cuando esos pronósticos desaparecieron y fue bautizado el Mano e Pilón debido a la pegada fulminante que siempre lo caracterizaría. Por esos lados vivía un personaje a quien le decían el Mocho, muy camorrero. Un hermano de Anastasio había peleado tres veces con él, sin poderle ganar. Como quien dice, lo tenía perriao. En una ocasión regresaba de la bodega y al pasar por donde estaba este elemento junto con otros muchachos, sintió una pedrada en la espalda. «El hombre me va a envainá otra vez». Pensó. Sin embargo, dio la vuelta y preguntó desafiante:

—¿Quién fue el arrecho que me tiró la piedra?

—¡Yo fui y qué!

Contestó el Mocho, altanero. Se disponían a boxear, y al momento, el tipo bajó los brazos y le dijo despreciándolo:

—No, chico, yo no quiero más nada contigo. Yo quiero es peliá con tu hermano.

Dile a Anastasio que aquí lo espero.

Al llegar a la casa le dio el mensaje:

—Mira, allá está el Mocho que quiere peliá es contigo.

Anastasio, se salió pal solar de la casa pensativo. Sentado en una piedra se rascaba la cabeza. Allí estuvo un buen rato hasta que por fin salió a enfrentarse con el hombre. Al parecer, también a él, más de una vez le había buscado pleito y soportaba callado sin réplica. Ese día batalló primero con el temor y después, no chico, eso daba grima. Ni un solo golpe recibió y el Mocho eso era carratico pal suelo a comé tierra. Lo derribó como quince veces. Cada vez que lo tumbaba le gritaba:

—¡Párese, párese, carajo!

Al último golpe, el Mocho no pudo ponerse en pie. No conforme, Anastasio lo levantó en peso y lo botó en un barrial de cochino. Esa pelea la vi yo. Esa vez le pusieron el apelativo de «El Mano e Pilon». Pero de lo que más me acuerdo es que nunca había visto a un ser humano tan violento como ese. Siempre fue así. Peleando se transformaba. Eso como que le entraba el diablo en el cuerpo. Después de aquella pelea, más vale que no, se convirtió en un peleador de los de adelante. No estuvo tranquilo hasta que no venció a los más guapos del pueblo. Cómo será que Cara e Cangrejo se le fue corriendo. Uno que no solamente tenía fama de amargo, sino que es una mandilata e loco como de ese alto y con unos brazos como de este grueso. El Mano e Pilon era un hombre más bien bajito, pero empostao. Ese tenía una fuerza bestial.

En las tardes de toros coleados se metía adentro de la manga, agarraba al toro por los cachos y le doblaba el pescuezo hasta que lo tumbaba pal suelo.

También se puso bien parrandero. Tocaba cuatro y contrapunteaba bien bueno. Su oficio era trabajo e llano, bregando con ganao, pero cuando bajaba al pueblo duraba hasta una semana bebiendo caña. Una vez, esto también lo vi yo, había un festival de contrapunteo, él no participaba en esas cosas, él cantaba era porai emparrañao; bueno, uno de los mejores participantes, que por cierto no era de por allá, se dirigía al baño y al pasarle por un lado le dijo:

—Tú no contrapunteas un coño.

—¿Qué es lo que le pasa a usted, compañero?

Contestó el coplero.

—No, nada, que usted o canta o pelea conmigo, alguna de las dos.

Le roncó alante agresivo mientras se levantaba de la silla. El cantador se quedó callado un instante y luego le preguntó:

—¿Ande vamos a cantá?

—Aquí mismo, ahí ta un cuatro.

Dijo señalando a uno de sus acompañantes que tenía la guitarra bocabajo en las piernas.

—Vaye y mea que aquí lo espero.

Remató autoritario.

Se pegaron esa gente a contrapunteá con el Mano e Pilón tocando el cuatro. Mire primo, ese hombre como peleaba cantaba. Improvisó versos bonitos, pero también lo insultó como le dio la gana. Al finalizar le ordenó que se sentara y le brindó una cerveza.

Pues sí, esa primera pelea lo transformó. Al emborracharse tenía que pelear a juro, sino no estaba tranquilo. En los bares y que tiraba el sombrero en el suelo. Si había otros hombres que se la daban de guapos, más ligero lo hacía. El que medio trompezara ese sombrero o lo mirara mucho, tenía peo con él. Estuviera quien estuviera y marcáralo quien lo marcara en la rokola, disco que no le gustaba, lo tumbaba. Si veía que uno le buscaba lío a otro y aquel se quedaba callado, se metía en el asunto, así no fuera consigo y los insultaba a los dos, a uno por cobarde y al otro para que peleara con él. Si los presentes en el bar donde estaba eran sus amigos, para no irse liso, los convidaba a pulsear y a todos los vencía con la zurda mientras se reía. Aquello que hizo con el Mocho al vencerlo de tirarlo en un charco de agua sucia lo tuvo como costumbre. No respetaba a los vencidos, después que los dejaba bien aporreaos,

cortaba un chaparro y los sobaba como si fueran unos carajitos. Bien chaparriaos los largaba pa la casa poniéndoles como condición que no se les cruzaran en el camino porque si no, los envainaba de nuevo. Yo creo que por eso fue que lo mataron.

A Buche e Tierra ya lo había embromao y humillado tres veces, pero este no se calaba eso de no estar donde él estuviera, siempre le daba la cara. La última vez que lo avergonzó fue cuando eso. Aquella noche cuando lo vi, ya se habían enfrentado. Creo haber dicho que peleando lo poseía una ira del demonio, pero después de patear y escupir al derrotado, poco a poco se iba calmando y lo embargaba un mutismo, un silencio como de arrepentido. En aquella oportunidad, Buche e Tierra, herido más en el orgullo que en el cuerpo, se fue derecho pa su casa como se lo ordenó Anastasio Hernández, es verdad, pero no a acostarse, sino a buscar un puñal con el que lo esperó en el bar de Juncio. Esos eran sus correderos.

Y que no se dijeron nada cuando se encontraron, entromparon de una vez. El Mano e Pilón y que tenía a ese otro abajo moliéndolo a golpes y Buche e Tierra y que gritaba:

—Quítenmelo, quítenmelo, que no lo quiero malográ.

Hasta que le quedó arriba acostado. Al momento lo empujó y se desplomó estruendosamente a su lado. Al escucharlo caer con los brazos abiertos,

todos supieron que estaba muerto. Según, Buche e Tierra y que lo hincaba en el pecho tratando de quitárselo de encima, pero aquella fiera no sentía el filo del puñal. No reparaba en él, ocupado en golpearlo sin piedad. El puñal y que se lo enterró hasta la cacha y aún seguía castigándolo. En el fondo y que se lo movía para hundirlo más y nada, el hombre y que seguía golpeándolo.

La herida yo se la vi en el velorio. Los hermanos no quisieron ponerle la camisa. Lo velaron con el pecho desnudo para que todo el mundo le viera la puñalá. Nosotros lo interpretamos como un ritual en la antesala de la venganza o a lo mejor quién sabe.

Larvas humanas

*Morrocoy no agarra jobo
porque no mira pa arriba
pero lo come en el suelo
que es la misma lavativa*

REFRÁN

AQUELLA MUJER ERA ESPECIAL. No por casualidad le decían la Marimacha. Vestida de hombre, sin maquillaje y con un corte de pelo varonil, la vi por primera vez en un bar jugando bolas criollas y bebiendo cerveza. No pelaba un boche y discutía con los hombres y los hombres discutían con ella con la misma intensidad como lo hacían con los otros machos. Sin duda, todos la asimilaban como varón, aquello no era simulado. Yo, para mi desgracia, pude percibir en ella la feminidad que nadie miró y que a mí me cautivó desde el primer momento.

—Yo no soy homosexual. Eso fue lo que me dijo cuando, debido a mi insistencia, producto de un minucioso plan concebido con ese objeto, al fin pude entablar amistad con ella. Me atraía, en exceso tal vez.

—Lo que pasa es que me gustan las cosas de hombres, pero no creas que por eso no soy mujer. A

mí me atrae el sexo opuesto, sólo que, debido a mis gustos masculinos, me gustan los hombres como mujeres: sin pelos en la cara ni en el pecho ni en las piernas. Delicado, no ordinario ni corpulento. Con los labios rosaditos, gestos... como te digo... femenino, femenino, que sea femenino... no pienses lo que no es, no me gustan mujeres ni maricos, a mí me gusta güevo.

Esa mujer estaba loca, pero interesante. Yo, mujeriego fanático, tenía que agregarla a mi colección de vaginas, la consideré un reto. Me decía que le gustaba, pero le irritaba mi apariencia tan varonil. Lo primero que logró fue que me afeitara mi bigote de años, me dejara crecer el cabello y «refinara» mis modales. El fin justifica los medios, pensé. La mujer me obsesionaba y para complemento me correspondía en la medida en que se acentuaban mis rasgos femeninos. Empecé superficialmente, así como los «artistas». Con el cabello largo, usé crema depiladora en la cara, las piernas y el pecho. De manera sutil me empolvaba la cara y me colocaba rubor. Me puse pintura de labios de esa que llaman neutra. Me saqué las cejas con moderación y hasta me tranquilé un zarcillo en una oreja. Todo con el objeto de enmascarar mi masculinidad. Total, hoy en día esto es moda, pensaba para justificarme. Así pude vencer la repugnancia que le tenía a mi aspecto. Logrado mi objetivo, fueron mis intenciones retomar mi rostro, pero al contrario, mi pasión se transmutó en un laberinto y poco a poco me fue conduciendo

al abismo. En la intimidad se acentuaba su «marimachismo». Me inducía a usar bikinis, «hilos dentales», me ponía vestidos y disfrutaba maquillándome y luego, cuando adquiriría el aire afeminado que la complacía, me cortejaba como el macho a la hembra, me desnudaba lentamente y me hacía el amor. Yo reía, ingenuamente, tomándolo como un juego. A mí sólo me importaba ella.

En ese sentido la hice mi mujer o mejor dicho mi hombre, pues la cuestión se fue complicando más. Esa mujer me hizo perder la vergüenza. La situación fue evolucionando de tal forma que fui tomando por completo las características de una mujer y ella, desde luego, las de un hombre. En la calle, quien no nos conociera, no hubiera podido distinguir quien era quien, incluso, llegó un instante, después de formalizar nuestra relación, en que para desconocidos y conocidos, ella era el señor y yo la señora. Tengo la certeza de que nadie fingía. La mentira, como alguien lo dijo, se repitió tanto hasta convertirse en verdad. Si hasta yo mismo cuando salía sola, perdón, solo, en la calle, los hombres me piropeaban. Porque así como fui adicto a su piel, también lo fui a su lengua que me hablaba y bebí con una avidez militante. Un día ya no consiguió más placer conmigo y me abandonó por otro hombre que le resultaba más mujer que yo.

En los cuartos de residencia también sale muerto

A la Sra. Silvia

LOS ACONTECIMIENTOS QUE ME dispongo a narrar no tienen ninguna relación con la Sra. Silvia, salvo por haber sido la dueña de la residencia donde se desarrollaron los hechos. No obstante, la bondad de esta gran mujer, no característica entre tanto lambucio dueño de casas de pensión o residencias estudiantiles que hicieron del alquiler de habitaciones un negocio, debido a la circunstancia de estar Naguanagua cerca de una universidad pública, me remite, muy de mi agrado, a escribir sobre ella antes de empezar a contar el asunto que me anima. La forma como la Sra. Silvia cohabitó con sus residentes evidencia su calidad humana. Nunca, aunque alguna vez lo intentara, pudo establecer una relación estrictamente comercial con nosotros. Jamás entendió la Sra. Silvia que una casa pudiera destinarse a otros fines distintos a la convivencia familiar. Los residentes en su casa, más que ello, parecían sobrinos venidos del interior del país, los cuales ella albergaba con la consideración de una madre en corroboración al cariño profesado a cierta hermana lejana. Pero esta acción maternal no siempre obtenía respuesta

acorde, sino que en muchos casos era catalogada, por ciertos residentes, como una actitud pendeja aprovechable y por esa afición escondida en lo más profundo de las miserias humanas de escupir la mano generosa luego del amparo, en correspondencia a su desinteresado albergue, los favores se traducían en el abuso por parte de los favorecidos, los cuales, de dicha benevolencia sólo veían la oportunidad propicia para quejarse y exigir mayores beneficios. No quisiera pasar por alto un detalle conductual muy importante referente a la gran hipocresía ejercida por los más abusadores, hombres y mujeres, que incluía besitos y abrazos, tarjetas de navidad y día de la madre con su, desde luego, cantadera de cumpleaños. En la actualidad, como profesionales, donde estén, los más probable es que sean tremendos jalabolas y traidores en potencia. Algunas líneas atrás señalaba que en alguna ocasión ella quiso poner los puntos sobre las íes. La Sra. Silvia no era tonta y se daba cuenta. Recuerdo que ella tenía su cocina de la casa y destinó otra aparte para nosotros, pero como la de ella era mejor, todos cocinaban, hasta yo, en la suya y además de tomarle sus alimentos, del reguero y del corotero sucio dejado, ella misma, no sólo se encargaba del desastre, sino que al llegar del trabajo tenía que esperar para cocinar en su propia cocina cuando todas las hornillas estaban ocupadas. Una vez, por fin nos dijo: «Bueno, ¿y ustedes por qué no utilizan su cocina?» Más vale que no. Aquello fue el grito al cielo: «Que esa cocina no sirve. Que esa cocina es chimba. Que

esa cocina es vieja. Que esa cocina no sé qué más». Tratando de solucionar el problema compró una nueva y nos puso la de ella a nosotros. Para acabar con el bochinche instaló una puerta en su cocina y le puso un candado. Pero, qué va, la Sra. Silvia no servía para eso. Al principio le dio la llave a uno de los muchachos, al cual quería como a un hijo, su predilecto. En verdad, este estudiante correspondía al cariño, no era tan abusador. Pero, al tiempo la cedió a otro, luego a otro y en menos de un mes, todo el mundo tenía la llave de la cocina. Así fue la Sra. Silvia. Pienso en ella y sé que nunca mis manos estarán lo suficientemente llenas para agradecerle su generosidad.

La residencia como tema de estudio es para escribir un libro aparte. Es increíble como coexisten en micro todas las virtudes y mediocridades humanas, expresadas en los detalles más simples, cuando individuos de procedencias diferentes se ven obligados a compartir un mismo techo. Yo viví en una casa alquilada por estudiantes nativos de un mismo pueblo y no por ello estaba exenta de complicaciones. Se entablaron contradicciones sustentadas en la particular formación doméstica que cada quien portaba, aun viniendo de una misma comunidad. De igual manera, se conformaban grupos afines debido a la identidad entre las contingencias morales del entorno familiar.

Aboquémonos ahora al asunto que motiva este relato. Se trata de un personaje con el cual compartí

una habitación en la mencionada residencia. No diré su nombre, de haberle consultado, tengo la certeza de que habría preferido permanecer en el anonimato. Me sorprendió, en primer lugar, su aspecto físico cuando lo conocí. Una figura y un rostro acentuadamente pueril. Cursaba el quinto semestre de ingeniería química, lo que me asombró aún más, al parecerme casi un niño para estudiar en una universidad y estar a ese nivel de la carrera. Le pregunté la edad en los primeros días. «¿Cuántos me calculas tú?» Me contestó sonriente. «Tienes veintidós». Respondí. Cuál sería mi estupor, el muchacho tenía quince años. Debió mostrarme la cédula para convencerme. Representaba más edad de la que tenía. Esta cualidad maravillaba aún más al comprobar que era culto en exceso. Había leído desde toda la serie de Kalimán, Marcial la Fuente y Juan Sin Miedo, pasando por los clásicos de la literatura occidental hasta abordar otras disciplinas del extenso repertorio cultural de la humanidad. Homero, Hesíodo, Sófocles, Eurípides, Esquilo, Aristófanes, Safo, Anacreonte, Virgilio, Lucrecio, Cicerón, Horacio, Ovidio, Petronio, Séneca, etc. Vale decir, conocía con una exactitud que da dentera el grueso de la mitología greco-romana. En su intelecto flotaban de igual manera cantares de gesta y novelas de caballería con *Gargantúa y Pantagruel* entre el *Mío Cid*, *Amadís de Gaula*, *Roldán*, *El Mester de Clerecía*. Colonizando su existencia conformaban el vasto imperio intelectual una lista infinita de autores y obras, citaré algunos: *El Decamerón* de Boccaccio, *La Celestina*, Petrarca,

Dante y su *Divina Comedia*, Rabelais, Montaigne, Spenser, Garcilaso de la Vega, Fray Luis de León, *El Lazarillo de Tormes*, *El Principito*, Khalil Gibran, John Donne, Miguel de Cervantes y su *Don Quijote de la Mancha*, Shakespeare, Ben Jonson, Lope de Vega, Calderón de la Barca, Molière, Góngora, Sor Juana Inés de la Cruz, Quevedo, Bécquer, Zorrilla, Orlando Araujo, José Vivente Abreu y José Roberto Duque, Unamuno, Andrés Bello, Ramón Carpio y Hamurabí Díaz, Lord Byron, García Lorca, Víctor Hugo, Novalis, Tolstoi, Chejov, Rubén Darío, Martí, Quiroga, Ungaretti, Gallegos, Cavafis, García Márquez, Allan Poe, Whitman, Balzac, Drummond, Pérez Galdós, Henry James, el *Popol Vuh*, Baudelaire, la Biblia, Rimbaud, el Corán, Mallarmé, *Las Mil y una Noches*, Valéry, Bashoo, Rilke, Bernardo Núñez, Nukada, Yeats, Kaga No Chiyo, Julio Cortázar con todo y *Rayuela*, Borges, Octavio Paz, Marcel Proust, Carlos Angulo, Lao-Tse, Joyce, Ramón Mendoza, Kafka, Ramón Palomares, Thomas Mann, Faulkner, Eliot, Aníbal Tobón, Neruda, Rafael Cadenas, Armando Rodríguez, Víctor Valera Mora, Mariño Sucre, Julio Chacín, Pocaterra, Bertolt Brecht y etc., y etc., y etc... Déjeme decirles que de estos autores, incluyendo los etcéteras, había leído todas sus obras completas. Aquello daba grima. ¡Ah!, me olvidaba del enorme compendio filosófico retozando en su cabeza. Los pre-socráticos y Sócrates, Platón, Aristóteles, Epicuro, Séneca... La escolástica con san Agustín, santo Tomás de Aquino, San Anselmo, Escoto... Del renacimiento, Descartes, Spinoza, Leibniz,

Locke, Hume. A Immanuel Kant lo conocía cabo a rabo, a Feuerbach, Hegel, Marx (en cuanto a Carlos Marx, según la categorización de Ludovico Silva, no sería marxista, sino marxólogo), Lenin, Trosky, Mao Tse Tung, Montesquieu, Voltaire, Diderot, Rousseau, Goethe, Schiler, Bacon, Nietzsche, Simón Rodríguez, Heidegger, Sartre, Ortega y Gasset, Maquiavelo, Juan Pablo Rodríguez, Sun Tzu, Freud, Reich, García Bacca y pare usted de contar. Si a esto agregamos sus estudios de química, política, matemática, física, biología, teoría del átomo, potencial energético del uranio, metafísica, informática, espiritismo, electrónica, yoga, astrología, genética, budismo, plomería, medicina, deportes, teoría de la música, sociología, pintura, botánica, geometría, contabilidad, hipnotismo, arquitectura, etc. nunca terminaría. Con respecto a sus gustos musicales, de la música popular sólo toleraba boleros interpretados por Lucho Gatica, Toña La Negra, Felipe Pirela, Rusber Prado y Chicho Rojas, Pedro Vargas y los tangos en la voz de Carlos Gardel y Libertad Lamarque. Sus preferencias apuntaban hacia la música clásica: Bach, Handel, Mozart, Beethoven, Juan Esteban García, Vivardi, Shubert, Mendelssonhn, Sibelius, Chopin, Schumann, Paganini, don Elio, Liszt, Wagner, los Strauss, Tchaikovsky, Ramón María y Florentino, Dvórák, Grieg, Stravinsky, Khachaturian, Ravel, Prokofieff, Brahms... Fanático de la ópera. Tanto de éstos compositores como de Bizet, Verdi, Rossini y cantadores del género tales como Caruso, Bergonzi, Corelli, Pavarotti,

Margreta Elkins, Renato Capecchi, Ramirote y don Eloy, Pertile, Gigli, Bjoerling, Hipólito y Francisco Lázaro, entre tantos. Tal magnitud de libros y discos, comprenderán, era imposible que cupieran en un cuarto y aunque resulte hiperbólico lo manifestado por mí, puedo dar fe de la certeza de cuanto he dicho debido a las conversas largas y delirantes sostenidas conmigo en las noches, cada cual en su puesto de la litera. Supe también de sus habituales visitas a las bibliotecas. No quiere decir esto que eran pocos los libros que tenía, por todas partes estaban tirados. La huella de mis zapatos aún debe permanecer en más de uno cuando los pisaba en mi intento por caminar entre ellos. Para escuchar música tenía un pequeño grabador y no sé cómo se las ingeniaba para conseguir cintas grabadas de los autores y melodías mencionadas o no. No sabía tocar ningún instrumento musical, pero era capaz de interpretar de memoria óperas y melodías clásicas por más largas que fueran. Juro por Dios o por El Diablo o por Los Hombres que se metía al baño los fines de semana, únicos días que se bañaba, duraba horas, y allí tarareaba sinfonías completas. En lo poco que conozco de esta música, creo haberle oído completas: *Sansón y Dalila* de Saint-Saens, *La Gioconda* de Ponchielli y cantar óperas como *Carmen* de Georges Bizet, *El Barbero de Sevilla* de Joaquín Antonio Rossini y *La Fuerza del Destino* de Giuseppe Verdi.

Sin embargo, estos conocimientos eran directamente proporcionales a su incapacidad

para resolver problemas de la vida cotidiana. En mis años había conocido un sujeto más torpe e inútil. Inepto hasta para colocar un bombillo. La señora de la residencia no se quejó de él en la cocina, puesto que nunca la utilizó. Era un asiduo consumidor de enlatados, galletas, refrescos y pan de trigo con mortadela. Nadie lo vio nunca haciendo cola en el comedor universitario. Hombre más basto, descuidado y desordenado tampoco he conocido. Yo, que de vaina no me han dado el premio Nobel de la tolerancia, le dije como al año de haberlas puesto, ya sucias, al llegar, que por favor cambiara las sábanas. La hediondez me tenía borracho. La cobija de arropase, deshilachada y mugrienta, mi novia, en una oportunidad, en su ausencia, la agarró y se la lavó. Veintisiete aguas negras le sacó. Pensó darle la sorpresa, pero la sorprendida y apenada fue ella cuando llegó el hombre. Ese señor se puso bien bravo. Que cómo le echaban esa broma. Que esa cobija no se había lavado en siete años. Que allí había sudado nueve fiebres. Que cómo iba a dormir ahora sin sus olores. Otra cosa, en los rincones se le podría la ropa. Parecía que la heredaba de los abuelos o se la regalaban en los asilos de ancianos cuando moría algún viejo. No sé de donde sacaba tanta vestimenta y calzados de los años treinta, cuarenta o cincuenta. Desde luego, no lavaba ni planchaba. Por la apariencia personal, cualquiera al verlo no sabía si era un estudiante o uno de los locos del psiquiátrico de los tantos que deambulan por la Universidad de Carabobo, más si a esto sumamos

una adicción compulsiva al cigarrillo y al hecho de ser extremadamente solitario. Al menos yo, no le vi ni le conocí amigo alguno. No frecuentaba parrandas, fiestas o reuniones sociales ni había probado una gota de licor en su vida. De su contacto conmigo no aseguraría que hubo amistad. Aparte de compartir el mismo cuarto ni siquiera a la universidad fuimos juntos alguna vez. Nos veíamos en las obligadas ocasiones de permanecer en la habitación. En la cotidianidad general del mundo. Hoy hago memoria y nunca lo miré hablando con nadie, pero conmigo, cada noche, conversaba desmedidamente. En lo que a mí respecta lo escuchaba en silencio. No necesitaba pronunciar palabra para comunicarme con él. Muy poco intervenía ni aunque quisiera, pues no daba lugar a ello, en la mayoría de los casos, se preguntaba y se respondía él mismo exactamente al momento que yo iba a intervenir y acertaba mis opiniones sin decírselas. Aquello no me desagradaba, al contrario, me gustaba. Llegué a acostumbrarme a su voz, la cual me arrullaba como un cuento. Me dormía y él se quedaba hablando. Me imagino que guardaría silencio al oír mis ronquidos o quien sabe, a lo mejor hablaba hasta que su propia letanía lo dormía.

Mediante dichos, más que diálogos, monólogos, conocí «las maldiciones que lo consumían», reseñado con sus propias palabras. Una timidez que no le permitía hablarle de amor a ninguna mujer. Decía ser portador de una hechizante atracción

para el sexo femenino y por ello aseguraba que las muchachas, las feas y las más bellas de su pueblo, estuvieron enamoradas de él en silencio, pues como supondrán, con ninguna llegó a consumarse nada. Yo se lo creí, el personaje ya me estaba resultando enigmático y además, no era pedante, lo sé. Manifestó haber tenido una sola novia hasta ahora. Una joven a quien apodaban La Carretilla. Al parecer, ésta, no muy agraciada físicamente, tuvo el coraje de declarársele, más aun sabiendo que muchas mujeres bonitas lo amaban en secreto.

Lo poseía, de igual modo, una tendencia a pensarlo todo que lo atormentaba. No podía evitar intelectualizar hechos triviales como defecar o tan complejos como los misterios encerrados en la configuración del cosmos. Lo obsesionaba una inclinación a asociar la dinámica del universo, de la naturaleza o de la matemática con el comportamiento humano y hacía elucubraciones alucinantes que muchas veces desembocaban en un abismo desconcertante aun para sí. Pero más lo enloquecía aquella descomunal teorización y la imposibilidad de plasmar en la práctica lo pensado, mayormente, cuando en dichos conceptos se sustentaba el deber ser humano. No sabría determinar si el estado depresivo permanente en el cual se mantenía era debido a esto o si, al revés, dichos pensamientos eran el resultado de una propensión genética hacia la tristeza que arrastró con el nacimiento.

Otro síntoma de este cuadro enfermizo, siendo un ateo convencido, fue «la mordida venenosa de un cristianismo que le contaminó la lástima» como él mismo decía. En todo momento, repito, demostró conocerse muy bien, sólo que nunca tuvo voluntad para asumir posturas a tono con sus intenciones, incluso, sabía porque no podría hacerlo jamás. La lástima lo abatía despiadadamente. Cierta vez lo conseguí en la calle limpiando a un perro sarnoso moribundo. Lo había encontrado en el medio del sol, lo cargó hasta la sombra de un árbol y allí se mantuvo largas horas acariciándolo hasta que murió. Otro día se llevó a un mendigo para el cuarto, hizo que se bañara y se afeitara. Le dio ropa limpia, comida y le cedió su cama mientras él dormía en el suelo. El pordiosero duró tres días hasta que yo lo corrí, es que si no lo hago se quedaba viviendo con nosotros. Pero el colmo fue cuando se arrechó porque mató una cucaracha. Según y que ellas, las arañas, los ratones y otras alimañas eran nuestras compañeras de habitación.

Otra situación, no menos sorprendente, motivado, quizás al vicio de vivir en el pasado o el futuro, fue un desarraigo que se le acentuó de pronto. La fijación temática se trasladó a su pueblo natal. Lo asaltó una habladuría en torno a su vientre social. Todas las noches lo soñaba. Cada mañana, después de comentar que en ningún lugar del mundo los gallos cantaban como allá, me describía sus sueños, siempre en el marco ambiental de su pueblo. A ello se incorporó el recuerdo de La

Carretilla, única novia en su vida, y a la catedral de su nostalgia se añadió el fetiche del despecho. Presumo que ya aquello le fue insostenible y una noche me dijo: «No aguanto más. Voy a pasar un tiempo en mi pueblo. No importa que me raspen el semestre. También la voy a buscar a ella, a lo mejor todavía me quiere». Se marchó y a los cinco días, una tarde, al llegar a la residencia, lo encontré en el cuarto, tembloroso, fumando copiosamente. Le pregunté por qué había regresado. Su respuesta fue desgarradora. Relató que se había perdido, que no pudo conseguir el poblado, que ni el pueblo ni su antigua novia existían. Tomé en cuenta que nunca me había dicho el nombre de su población. Lo dijo, primera vez que lo escuchaba, agarré un mapa y busqué, busqué y busqué toda la noche. No apareció por ningún lado. No mentía, todavía lo sé, a aquel elemento podía sucederle lo más insólito.

Podrán imaginarse su estado anímico en lo sucesivo. Permaneció en un encierro total acostado arriba en la litera, no sólo en el cuarto, sino también en un silencio hermético. Cercano a los quince días de estar allí postrado, sin comer, sin beber y creo que sin ir al baño, pues no lo observé levantarse en ningún momento, me ratificó una trascendental decisión tomada: había resuelto dejarse morir allí. Me rogó no intervenir en su determinación, diciéndome que no iba a causarme problemas. Así lo hice. Le había tomado un respeto profundo a ese muchacho. Ahí permaneció acostado por

meses. No supe si estaba vivo o muerto. Tal como le prometí, nunca lo llamé ni lo toqué. Al cuarto llegaba gente de visita y de igual manera como pasó desapercibido en otros tiempos, fue ignorado, si es que fue visto. Nadie preguntó nada. Quizás sólo vieron a un joven dormido o simplemente acostado, pues muchas veces estaba con los ojos abiertos mirando el techo. A los nueve meses, más o menos, desde que se acostó y no se levantó ni habló más, me gradué y abandoné la residencia. Allí quedó igualito. No sé qué habrá pasado con él. Si la Sra. Silvia lo conseguiría o si tal vez, cuando sacó las colchonetas al patio, al sacudirlas, se esparciría en la brisa como polvo. Quién sabe. A lo mejor ni siquiera existió, al igual que La Carretilla y su pueblo.

La mudanza para el mismo sitio

A Juan Ramón González

BIEN CARAJITO ESTABAS cuando Rosalía se mudó pa'l pueblo y los brazos de Andrés construyeron aquella casita mediagua en los alrededores de la carretera nacional. Exacto. Esas mismas manos que ahora tienes retratada en las tuyas te colgaron el chinchorro de moriche en un rincón del rancho donde estrenaste otra oscuridad con zumbidos de zancudos similares y el mismo pedazo de papelón con el que te acostabas chasquiando. Por supuesto, también se vino el cuento de espanto, de embustes, Tío Tigre y Tío Conejo, Juan Sonso y Pedro Rimales, las adivinanzas y las historias de príncipes y príncipas que El Viejo Antonio Toisen relataba por la tardecita en el patio, con las cuales te dormías escuchando la jarana de los sapos de otra laguna y el mismo: «sion amá» y el «Dios lo favorezca» de chinchorro a chinchorro. Ya no es la vaca colorá, esa apenas te la figuras, ahora es la vaca Recuerdo, la de los cachotes largos, que esa es la fundadora pa ti y tampoco te acuerdas de los perros de allá, el primerito aquí fue Cabullita. En El Socorro se domesticaron otros pericos y comiste el dulce marapa de cirgüela de las matas que sembró tu mamá cuando llegó y estrenaste también la primera gotera que te caía en las costillas por las

noches de invierno y dormías desechándola, así como los primeros huecos del chinchorro que junto con la cobija ya tenía tus olores y poco a poco te fuiste acostumbrando y el rincón se te hizo habitual.

Después, los camiones que en la madrugada pasaban por la carretera negra, fueron la chicharra y el gallo en los oídos. Y ese cinturón sobre la barriga del pueblo se llevaba tus miradas peregrinas en el humo de las gandolas cuando embobado las mirabas alejarse hasta lo más recóndito del horizonte desconocido y hacia esas lejuras se iba tu nombre escrito en los vidrios sucios de los carros así como un mensaje dentro de una botella en el agua, tal como lo viste en el televisor de don Porfirio, el único en el pueblo, que lanzabas en ese mar de concreto como los pedacitos de madera tirados en los riachuelos que formaban los aguaceros en la calle y el patio; para otros niños de paradas más lejanas de ti que te imaginabas en el otro extremo de la carretera, pues en esta parte también llegaban esos nombres borrosos en los parabrisas salpicados de polvo que tú leías mientras arrancabas mariposas incrustadas en los radiadores de los carros que fueron arrastradas por esos viajeros misteriosos que enamoraban alguna hembra y venían de vez en cuando o de repente se perdían apareciendo como a los tres años y se conseguían con un hijo entre las piernas de la mujer que le saca los piojos y con una alegría, poco común en aquellos lugares, ríe y bebe cerveza y reparte monedas entre los

niños que lo rondan y se va de nuevo y más nunca regresa con la probabilidad de que al tiempo llegara un compañero con la noticia y los detalles del accidente donde perdiera la vida.

—Cuando sea grande voy a ser gandolero.

Le dijiste una vez a Pelón, pero el conuco también se vino y tú ya estabas grandecito y más después también te diste cuenta que el hambre tampoco se quedó y entonces el canto del gallo se convirtió en despertador y en la corneta de la camioneta que hoy en día te pasa buscando por la mañanita y tú con esas ganas de quedarte bajo el calorcito de la cobija y las piernas calienticas de tu mujer, pero ahí están los carajitos en el rincón, durmiendo de a dos en un chinchorro de hilo y tú debes levantarte para irte a coger maíz en las tierras de don Fulano.

Entre las cenizas del amigo

*Que Dios ayuda a los pobres,
tal vez sí o tal vez no,
pero es seguro que almuerza
en la mesa del patrón*

BENJO CRUZ

AQUÍ FUE DONDE NOS encontramos anoche. Él venía del bar de arriba medio pelao y molesto con su compadre porque botó la partía: «es que no puede perder siete manos de truco seguidas porque ahí mismo comienza a discutir conmigo, que yo y que soy un juega maluco, y yo le digo que el que juega malo es él porque se vuelve loco y agarra y le pega retruco a la perica con un seis o envida la falta y yo más bien lo aconsejo que se quede tranquilo, que no se dice que uno no meta embuste tratando de ganarse un fiaio, pero que hay que saber cuándo y total que allá se quedó maldiciendo desde a Cristo parriba». Eso fue lo primero que me dijo cuando empezamos a conversar.

Hacía tiempo que no miraba a Cheo, y estando en el mismo pueblo. Sí lo miraba, pero quiero decir que hacía tiempo que no me echaba los palos con él. Nosotros nos conocemos desde carajitos, éramos uña y carne. Fuimos a la escuela juntos, apuraitos nos íbamos bajo ese solazo después de escuchar a Martín Valiente en la radio, conversando sobre

lo que podría suceder en el próximo episodio. Volamos papagayo, bailamos trompo y jugamos metras, policía librao, vaquero, el afusilao, la pega, cero contra pul cero y caimán bobo en la laguna. ¡Gua, si Cheo y yo llegamos a coger la misma burra! Caramba, si también me acuerdo cuando hacíamos las diligencias para conseguir el rialito y poder entrar al cine en la vespertina y ver las películas de lucha libre con Blúdemon, Mil Máscaras o Santo contra Las Momias o contra El Vampiro o las que eran con Rodolfo de Anda, el zurdo bien rápido con las pistolas. Todas las mexicanas, desde Cantinflas, Tintán, Viruta y Capulina hasta las de Pedro Infante, Antonio Aguilar y la de Miguel Aceves Mejías donde aparecía montado en un caballote blanco mientras cantaba una ranchera, y tantas otras. Como son las vainas, y viviendo en el mismo pueblo... pero si nosotros aprendimos a tocar cuatro juntos y compartimos los primeros tragos de aguardiente, ¿te acuerdas, Cheo?, cuando eso estaba de moda el cacique, que por cierto yo más nunca he podido beber ron con peisicola porque me trae el sabor de la vomitadera en la casa y los regaños de la vieja: «limpie, limpie su broma, piazo e vago que yo no voy a recogé vomito e borracho». Que vago era como nos decían también por el pueblo porque nos la pasábamos dando serenatas por esas calles a disoras de la noche. Ventana «mal puesta» con una muchacha adentro que se nos atravesara en el camino, no la pelábamos, pero yo recuerdo una en especial donde nos dieron «el bautizo de un serenatero» la vez que nos emparamaron de miao.

Según y que teníamos los jardines pisoteaos y es que nos robábamos de los patios: el perfume, las flores y el canto de los gallos. Hasta una corona de la plaza, Bolívar nos cedió gentilmente aquel martes de carnaval para que les repartiéramos las flores a las mujeres del pueblo en su nombre. Es que amanecíamos en la plaza, el muro o cualquier esquina propicia con un litro e caña, tocando cuatro o guitarra. Recuerdo que tú decías que había que acostarse antes de que saliera el sol porque era balurdo que se despertara el pueblo y uno siguiera en ese plan. Entonces, yo me ajilaba calle abajo pa la casa con la camisa en el hombro, caracoleando el orín mientras caminaba, respirando bien sabroso la brisa de la madrugada y escuchando el trino de los pajaritos mañaneros. Así éramos, como los gatos en celo, criaturas de la noche. Al menos que fuera diciembre donde los límites de la parranda los ponía el aguante del cuerpo. En navidad, nos quedábamos de una vez en la plaza para esperar la misa de aguinaldo, a la cual nunca entrábamos y sólo lo hacíamos si la carajita que nos gustaba no se quedaba con uno afuera. El itinerario más común era: visitar la novia temprano o entrar al cine con novia o sin ella. A golpe de diez y media de la noche nos encontrábamos en la Plaza. Hacíamos la «vaca» para comprar el aguardiente y nos caíamos a palos contándonos nuestros sentimientos o tocando y cantando gaitas y aguinaldos o ensayando las canciones que les llevaríamos a las muchachas en la madrugada porque había que despertarlas para la misa antes del primer toque de campanas.

Como son las vainas... Cheo entra al bar y como siempre nos saludamos y lo menos que me acordaba era de esas cosas. Él pide una cerveza y como estoy cerca, nota que la mía está casi vacía y le dice a Palacios que me ponga una y después yo le mandé a colocar otra a él y total que terminamos bebiendo juntos y conversando de cuando estábamos chiquiticos y en tiempos de invierno nos subíamos en las matas de cirgüela como dos iguanas a comernos las hojas que nos gustaban porque eran aciditas o después cuando aprendimos a besar jugando la prenda, ya que los más grandes ponían la penitencia: «que la Nena le dé un beso a Cheo en la boca de un minuto» y nos medían el tiempo con un reloj que casi siempre se detenía al recorrer el doble o con las muchachas mayores que en complicidad con sus novios nos aceptaban para jugar la botella y cuando nos señalaba nos daban unos besotes que nos dejaban el pecho oprimío y así también lo hacían los muchachos mayores con las menorcitas y después nosotros practicábamos por nuestra cuenta y todo el mundo salía empatao. ¿Te acuerdas que estaban de moda Los Terrícolas y tú te despechaste por la Catira y te pusiste a llorar con aquella canción «oh, carta de Néstor qué me dirá» porque Néstor se llamaba el carajo de La Pascua que te la quitó en unas fiestas patronales? Lo cual me hace recordar que también compartimos las primeras lágrimas de amor en el botiquín de Hernán en la pata e la rokola, cada cual con su despecho, escuchando el mismo disco, y que para las fiestas del pueblo salíamos en patota del barrio,

muchas veces con las camisas del mismo color o «enchivaos», yo con un pantalón tuyo, tú con una franela mía, el otro con los zapatos de este, etc., y a bailar en el bulevar que así le decimos nosotros a las fiestas con grupos musicales en la calle. En el baile nos separábamos y sólo nos ajuntábamos en la madrugada a la hora de marcharnos o por alguna camorra en donde estuviera involucrado uno de los nuestros. Sin embargo, tú y yo casi siempre nos levantábamos dos muchachas que andaban juntas. Eso era en la época de fiesta patronal porque en los sábados comunes éramos la llave. Salíamos bañaitos y pulíos con la misma colonia y la misma brillantina en el cabello para alguna casa donde estuviéramos enamoraos o para alguna fiesta que en el transcurso de la semana le habíamos montado cacería. ¿Te acuerdas que las fiestas eran a media luz, con música de Los Ángeles Negros, Los Pasteles verdes, Sandro, Piero, Roberto Carlos, Leonardo Favio, Leo Dan y tantos más? Todo el mundo bailando apretaito. En ese tiempo uno andaba con una suspiradera, escribiendo poemas o cartas de amor o hablando de la novia o de la amistad fiel que casi siempre concluía en un juramento de eterna lealtad, entre tragos, tal como lo hicimos tú y yo... ¿Te acuerdas, Cheo...? Como son las vainas... y nosotros ahora tan separaos...

Total que aquí estas. Desde este rincón te observo. Matando el ratón en la misma mesa donde bebimos y conversamos anoche. Jugando una partida de truco con tu compadre que trata

de recuperar lo perdido ayer. Con un bojote de mirones alrededor de la mesa aprovechando las cervezas apostadas en la partía y muy lejos de tus oídos las palabras que al final de la pea te dije en la madrugada y que a mí aún me retumban en la mente. Que después que uno es mayor de edad se da cuenta que la vaina no es un juego ni mamadera de gallo y hay otros intereses que definen la vida. Que se acumulan circunstancias que te marcan el paso. Que las cosas no son como antes porque tú eres rico. Que quizás siempre lo fuiste y ahora es que me doy cuenta porque la niñez no precisa con claridad esas cosas y en la adolescencia siempre tenemos el mejor amigo y el primer amor. Que en este pueblo hay una sola escuela y allí estudiamos todos. Unos sacándole punta al lápiz con hojilla y otros con sacapuntas y sin embargo compartiendo los mismos juegos. Que te fue bien con el crédito, que ahora eres sorguero, un «productor» como se autodefinen ustedes los empresarios del campo que les genera plusvalía y no se les agua el ojo pa metele candela o un caterpila con ese fin, que tienes tierra y tienes ganao y tienes rial y te la pasas con los «vivos» bebiendo güisqui. Que hace unos días me diste la cola en tu camioneta y lo único que hacías era hablar del carro como si a mí me importara, yo que nunca había tenido uno ni lo tendría. Que aunque nos bañamos juntos, desnudos por las calles de este pueblo, en el mismo aguacero y nos mojara la misma lluvia, a mí no me entusiasma lo que a ti. Que ya no podemos ser amigos, sino amo y siervo, porque si yo ando contigo, tú pretendes

que yo sea tu «güatanero», tu sirviente, que te jale bola, que me buscas pa que te ase la carne en tu fiesta, te alcance la cerveza o te sirva el guisqui como a ti te gusta. Que cuando me brindas comida en alguna oportunidad festiva, gozas mirándome comer y te burlas de mi voracidad, de mi hambre y sonrías que es lo mismo que si gritaras ¡come, come, lambucio, mira cómo te mato el hambre! Que yo cargo la seriedad del conuco en los callos de mis manos. Que mis callos se parecen a los de mi papá y a los de mi abuelo. Que yo vengo, al igual que mis familiares, de los antepasados que nacieron y crecieron en esta tierra en los caseríos que ya no existen, que desaparecieron, que los acabó el latifundio, que los corrió el «progreso» del que tanto hablan los de tu clase cuando supieron que la tierra no era pa conejo, ni pa cachicamo, ni pa morrocoy, ni pa guayaba sabanera, ni pa pájaro ni pa pendejo, sino pa hacía rial y pa los que consiguen papeles que acreditan la propiedad de la tierra y nosotros los desesperanzados y desheredados de este mundo remendando las equivocaciones de Dios con el lomo doblao, empapados de sudor bajo el sol más inclemente para uno el pobre que nunca nos imaginamos que la tierra pudiera tener dueño, si a esa no la hizo nadie, bueno, Dios pa todos nosotros que hemos vivido a la buena de Dios, a sus designios, con la pura palabra porque Dios tiene que tener palabra y por eso sería que no nos dio ni un papel y a ustedes, coño que los ricos si tienen influencia, pues a ustedes resulta que como parece sí les dio

títulos de propiedad y se aparecieron con el papel restregándonoslo en la cara: ¡esta tierra es mía! ¡Y se me van horita, carajo! Y terminamos viviendo en el barrio, en una casucha, en un patiecito estrecho entre tanta sabana y tanta tierra, cuya inmensidad sólo miro desde la orilla de la carretera más allá de la cuerda de alambre hasta el horizonte. Tierra que sólo visito escondío a veces pa matate una vaca cuando el hambre me agobia o para cazar un conejo o una guacharaca. Tierra que sólo visito ante tus ojos pa sembrate y recojete el maíz y ordeñate las vacas y arreglarte la cerca pa que te sigas haciendo más rico cada día y yo más pobre y que además de ser tu peón también te escucho tus cuentos de cojeculo del pueblo cuando me monto en tu camioneta con la que nos salpicas de barro en invierno o nos tiras tierra en la cara en verano, pero que como este pueblo es pequeño, se presta para esas cosas y por eso yo puedo estar en este bar donde estás tú ahora y hasta tomarme una cerveza contigo bajo una confraternidad aparente.

La deuda

*Dios se lo pague
Si quiere que no me lo pague,
pero que no me lo cobre*

POR UN MEDIECITO, por la mitad de un rial, don Generoso, ya llevas 15 años meneándome las cabuyeras del chinchorro todas las noches. ¿No puedes olvidarte de esa deuda, viejo maluco y pichirre? Reconozco que ante la carita inocente de mis siete añitos fue débil tu voluntad de comerciante usurero y pasando por encima del enfático aviso NO FÍO pegado en la pared más visible de tu bodega, contra el cual no pudo ni siquiera las lágrimas de tu comadre de sacramento cuando llegó desesperada a pedirte fiao manque fuera medio kilo de frijol y una locha de manteca porque tenía la troja alta y los muchachos se le estaban muriendo de la jambre, que tu compadre, padrino de tu hijo, no tenía dinero, pero que por Dios que te pagaba al llegar la cosecha de caña, por lo menos con un bulto de papelón en la primera molienda y tú, fiel a ese maldito refrán que en mala hora aprendiste, «una cosa es la amistad y otra es el negocio», no te conmovieron los rostros macilentos y la mirada en el suelo de todos los sin un centavo, pero que también comen, que desfilaron en procesión por tu pulpería. ¿Quién

iba a pensar, viejo tacaño, que precisamente a mí me darías crédito aquella vez? Camino a la escuela me paré en tu bodega para pedirte que me fiaras un lápiz de a medio porque no tenía con que escribir y lo hiciste. ¿Qué bicho te picó? ¿Será que alguna vez en la vida tenías que ser generoso, don Generoso y te tocó ese día? ¿Qué pensamiento te condujo, para mi desgracia, a realizar esa «buena acción»? ¿No sería para lavarte la conciencia que me concediste ese fiaíto tan insignificante? ¿De cuándo acá, tú con esos sentimientos? ¿No pensarías más bien, como piensan los viejos de mi pueblo, que con el estudio se tiene el porvenir asegurado y que yo sería en el futuro un doctor, ingeniero o abogado de posición y por eso invertiste ese favor en mí? Lo cierto es que me comprometí a pagarte al día siguiente, y ya ves, nunca te pagué. Recuerdo que al otro día pasé delante de tu tagüara muy orondo con la cara lavada y tú te quedaste mirándome. Desde esa vez más nunca entré a tu negocio. Pasaba por el frente y sentía tu mirada encima cobrándome. Nunca me dijiste nada, quizás tenías la esperanza de que yo fuera un niño responsable y más aun de que creciera y llegase a hombre siéndolo. Te equivocaste, Viejo Generoso. Después opté por evadir el camino de tu bodega, empecé a transitar otras calles, desechándola. No creas, Viejo Generoso, que no pensé pagarte. En verdad, al salir de tu establecimiento con el lápiz en la mano, me embargaba la obligación de cumplirte, pero después de un mes, cuando ya varias veces no tuve el valor para desprenderme

de algún medicito que cargara, supe que no te pagaría jamás. Era algo más fuerte que yo, Viejo Generoso, si no tenía el medio, pensaba, «cuando lo tenga se lo pago», pero apenas un medicito tocaba la palma de mi mano se me perdía por el bolsillo, se me extraviaba por la voluntad y para ti nunca aparecía, siempre terminaba llevándoselo que si el bizcocho, el caramelo, el heladito y más tarde los cinco cigarros por medio. ¿Qué te ibas a imaginar que fuiste la primera víctima de un niño seleccionado por el destino a ser un «mala paga» y tracalero toda la vida? Quiero confesarte, para tu tranquilidad, que no fuiste el único, pues no existe una «lista negra» donde a lo largo de los años no haya aparecido mi nombre con un cuentón. Sí, Viejo Generoso, después de ti cayeron en mis garras otros bodegueros. Hasta la señora Eusebia que me quería como a un hijo, no solamente le quedé debiendo treintisiete empanadas, sino que también le robaba el sencillo que guardaba debajo del mantel de la mesa y más aun, siendo ya un mozuelo, junto con otros muchachos iguales de coñojemadres como yo, nos metimos a medianoche en su kiosco para robarla y como no tenía ni una puya, nos cagamos en el caldero donde se fritaron las empanadas tan sabrosas que tanto comimos, y lo dejamos en el medio de la calle para que todo el mundo lo viera al amanecer. Me da risa, Viejo Generoso, nunca en tu vida concediste un préstamo a nadie, pero a mí sí. Nunca confiaste en nadie, ni en tus mejores amigos, ni siquiera en tu familia, ni en tu madre, tu mujer ni tus hijos, ni en ti mismo porque te falló

la intuición de hombre de negocios y terminaste confiando en mí, el sujeto más despreciado de este pueblo por ladrón. Esa fue tu desgracia y la mía. No has podido bajar tranquilo al sepulcro y ahora andas penando y echándome vaina todas las noches y en todas partes donde te me apareces con la mano alargada hacia mí cobrándome ese medicito. ¿Por qué tu alma está en pena, viejo tacaño? ¿Ni siquiera muerto soportas que alguien te deba? ¿Ese medicito que te debo no será una maldición? ¿No será esa la causa de las miserias que han revoloteado como buitres sobre mi existencia por siempre? Las sanguijuelas del desamor que sólo me han dejado las momias de las traiciones ejecutadas contra mis semejantes y contra mí mismo a lo largo de mi vida. ¿Será por eso que insistes en que te pague? A lo mejor tu penitencia por haber sido tan miserable es amansar esta aberración, espantarme los zamuros del martirio que me devoran la carne viva. No creas, Viejo Generoso, que no he pensado en eso, pero cuando agarro unos cuatro fuertes se me atrincheran en el bolsillo y por más que lo intento no quieren salir para comprarte velas, sino para una carterita de aguardiente y además, Viejo Generoso, de qué me sirve cambiar mi suerte después de sesenta años, por mí te quedarás penando toda la vida, viejo maluco y pichirre.

El perro

*Las estrellas de la noche sólo le importan a la
gente que no es de por aquí*

GUADALUPE GARCÍA

EL PERRO LLEGÓ ALANTE con el rabo entre las piernas y la cabeza gacha. Se encaminó apuraito pabajo de la troja de la mata de parchita. Atrás llegaron los otros perros con mi abuelo. El abuelo entró sudoroso y descargó en un rincón un saco de auyamas, luego se quitó el sombrero y lo colocó junto con el morral en la caramera de venao de la pared. Encajó el machete entre una viga y el zinc del corredor de la casa. Agarró el garrote del mandador que estaba colgando en un clavo de un palo del caney y espantó unas gallinas que estaban adentro. Y al fin, agarró un coroto, bebió agua de la tinaja, con el último trago se enjuagó la boca y escupió el buche fuera de la cocina en el piso de tierra, pasándose el brazo se limpió los labios con la manga de la camisa y le dijo a mi abuela:

—No, hombre, vieja, ese perro no sirve paná, no te dije yo. Los perros laten pa un lao y él late pa otro. Los perros salen corriendo pallá y el cojé paquí pa este lao en un carrerón.

Se enjorquetó bocarriba en un chinchorro meciéndose sin despegar los pies de la tierra con

una mano hacia atrás agarrando las cabulleras. Al ratico sentenció.

—No, es que mañana lo mato.

Mi abuela escuchó y le respondió desde la cocina:

—Pero bueno, ¿fue que te volvite loco?, deja quieto ese animal.

—La pisuña, se me enraza y me malogra los demás perros. No, qué va.

Contestó mi abuelo. Hizo una pausa y al rato dijo casi gritao:

—¡Coño, es que Rumualdo no sirve pa un carajo, nojoda!

—Bueno chico, ahora sí, ¿y qué tiene que ve Rumualdito con ese perro?

Le replicó mi abuela.

Mi abuelo se quedó callao y se salió pa juera.

Pero yo sí sabía porque estaba diciendo eso. Cuando mis tíos se fueron pa'l pueblo no regresaron igual. Mi mamá cada vez venía era con una barriga y después que daba luz, no dilataba nadita pa quitale la teta al muchacho y devolvese patrás. Así fue que nos fuimos quedando nosotros aquí. Mi tía Anita y mi tío Rumualdo son igualitos, dice mi

abuelo, después que se fueron, ahora andan con una finura, pero mi tío Omar, el marío de Anita, ese sí que es un «palo de hombre», según mi abuelo:

—Si por Omar fuera, ese paraba una casa aquí en el campo y se queda viviendo pacá, hombre pa gustale el monte, nojoda. Ah, pero, Anita que se levantó aquí a fuerza de atol de mai cariacó con leche burra y con la pata en el suelo, ahora no puede güelé tierra porque le da catarro y antier nomás andaba comiendo moco con barro y cagando lombriz por toesa jodía. Mira, vieja, Omar es más llanero que Rumualdo, y Omar si tiene derecho a sé patiquín porque es nació y críao en Caracas, ese es un hombre fino y así no tiene ameno de ná ni de nadie. Ese no viene pacá arrellanase en una silleta, sino que busca la manera de ayudame, se mete conmigo en el monte y en el corral, así no sepa, pero tiene voluntá el hombre y le gusta. Baila y canta joropo, maluco, pero baila y canta, no le juye al arpa. Ajá, pero Rumualdo, Rumualdo Antonio que fue nació y críao aquí, esnú por esos montes, que si conoce trabajo e llano, desde que piso el pueblo se volvió blanco, anda con unas pretenciosuras. Cuando Rumualdo llega hay que sacá los vasos de vidrio y los platos de loza porque ahora el niño es un «señor». Cuelga un chinchorro y pone su grabador con el güachigüachi que escucha y nadie lo levanta deai. Se la pasa es del chinchorro al carro e paseo ese que tiene, lavándolo, puliéndolo, porque ese quiere ese perol más que la mujé, ese lo

tiene limpiecito, gua, si pa montase en ese bichito, porque parece de juguete, hay que limpiase bien los pies, ese ta pendiente de las patas de uno a ve si están sucias. Omar si no anda con miramientos pa zumbale el carro al barrial o al granzón. Maraca de hombre, carajo, pero la mujé le salió mala, a mí lo que me da es vergüenza con esa eminencia, porque ese señor es un caballero, si yo juera sabío no le doy a Anita, le juera dao a Crisanta que es un palo e mujé, porque Crisanta es una verga e mujé, sortario ese vagamundo de Pancho que se llevó a mijá, caracha, que más de una vez cuando lo ha conseguido borracho porai en la calle se lo tranca en el hombro y se lo lleva pa la casa y lo baña y lo acuesta. Mire que si Omar juera nació aquí en el llano... quién sabe, a lo mejor no sirviera paná, no ve a Rumualdo...

Cada vez que ellos vienen, después que se van, mi abuelo se queda con esa jablantina.

Pero, el asunto del perro viene por la esposa de mi tío Rumualdo de cuando andaba parriba y pabajo con aquella perra. Esa la tenía aseadita, hasta le cargaba un bolso aparte con su jabón, su colonia, su paño, su cepillo de dientes, su peine, con todas sus cosas personales, bueno, más bien «perrales». Esa perrita hasta comía en su mismo plato y bebía del agua mineral que ella traía pacá, porque la esposa de Rumualdo no tomaba agua de la tinaja. A mí lo que me daba era asco verla besándole la boca a esa perra. Aquí siempre

llegaban con to y perra, esa no la dejaban ni de broma, ah mujé bien delicá con esa perra, sí hasta dormía con ella. Otra cosa, cuando la gente estaba hablando de algún asunto y ella se metía, yo no sé cómo le daba la vuelta a la conversa y cuando poco estaba hablando de la perra y ahí también Rumualdo le seguía la palabra y aquello era un lapi lapi hablando de esa perra. Yo nunca había escuchao tanta alabanza pa un animal. Que había ganao no sé cuántos festivales, porque poraí y que se hacen competencias de perro: el que camine más bonito, el que tenga el mejor peinao, el más obediente, que se siente, que se pare, que levante una pata, que levante dos patas, bueno, esa perra y que era como una artista de cine. Mi abuelo se quedaba era viendo a Rumualdo y después por allá le decía callaito a mi abuela:

—Pero, cómo se pendejea la gente, vale.

Y cuando se iban y quedaba jablando:

—Y tan delicao que es Rumualdo con ese carro y lo carga jediondo a miao de perro, porque perro por más que le echen perfume siempre es perro. No toy diciendo yo, que el hombre cuando se descuida la mujé lo baja, lo pone pendejito...

Una vez mi abuela le dijo:

—Eso es porque no han tenido hijos, ya tú vas a ve que cuando esa mujé para un muchacho, zumban la perra pa un rincón.

Y así fue. Siete años de matrimonio y no habían tenido hijos, cuando nació Alejandrino se olvidaron de la perra, ya comenzó a ser un problema, más de un palo de escoba le reventaron en el lomo porque se la pasaba arriba del niño lambiéndole la cara. Un día se aparecieron con ella, todos sus trofeos, medallas y diplomas; sus collares, cosméticos y catorce cajas de alimento perruno; partida de nacimiento, certificado de todas las vacunas y una retajila de recomendaciones para su cuidado y la dejaron aquí. Ahí empezaron sus penurias. Quería vivir era adentro de la casa, cosa que mi abuelo no le permitía a ningún animal. Perro, gallina, cochino, gato o lo que fuera llevaba chaparro apenas pasara pal caney, menos aún dormir adentro como tenían acostumbrá a esa perra. La comida especial que le dejaron, apenas se la servían en uno de los platos que también le trajeron con su nombre escrito, los cochinos le brincaban y se la tarasqueaban enseguida. A los días, cuando mi abuela, que no estaba acostumbrada a estar asistiendo perro, se desatendió de ella, tuvo que empezar a procurarse el alimento por sus propios medios. De ahí palante fue que esa perra comenzó a vivir como perro. Los perritos rabo e cabulla de aquí, acostumbraos a peloteá los huesos en el aire, no le daban chance a nada, porque pacá no le sirven comía a perro, mientras uno come se le tiran los huesos que es lo único que se deja en el plato por estos lugares cuando se come carne. Que güeso iba a estar agarrando esa pobre perra. Una vez lanzaron uno y ella salió a quecharlo alegre porque

los demás perros no se movieron y era que el güeso iba a caer derecho de flei en un hueco de donde estaban sacando tierra pa embarrá la casa, ella se fue firdiándolo y ¡cataplún! cayó adentro. Es que le tocó saber cómo vive un perro a la Duquesa, que por cierto así se llamaba. Después salió preñá y una mañana mi abuelo la consiguió paría y aquello fue un espectáculo para él:

—¡Vieja, vieja, ven pa que veas esta vaina! En mis años yo primera vez que miro esto en los perros.

Pues, Duquesa había parido un sólo perrito que quedó huérfano temprano porque a ella le cayó una gusanera y se murió.

Y esa es la historia del perro ese que mi abuelo dice que va a matá mañana y que porque se va enrazá y le va a malográ los otros perros.

—Lo voy a matá, y si lo mato la culpa no es mía, sino de Rumualdo.

Ya va a empezá otra vez porque cuando nombra a Rumualdo coge con la jablantina.

El Don Quijote del Llano

*Desde que yo me ausenté
llano querido
ya no pita el bravo toro
ni se escucha en tus sabanas
el casco del rucio moro*

JESÚS QUINTERO. «El Tigre de Mata Negra»

OTRA VEZ CARACAS ES NOTICIA en el caserío. Ayer vino Asdrúbal, pulío, con una chaqueta, unos lentes oscuros, un radio reproductor y hablando «calé». Gordo, rosaito y con una paca e rial. Con aires de triunfador habla de la ciudad allá en el bar. Si lo vieras cómo se complace contando sus vivencias, nombrando calles y avenidas para que no quede dudas de que se conoce a Caracas por los cuatro costados. Todos lo escuchan maravillados. Sentado en una mesa con los amigos cuando se le acaba la cerveza pide un palo completo para todos en el bar. Hoy el pagador es uno solo, todo corre por su cuenta. Hay gente que se le ajuntan hasta tres cervezas en las manos. ¿Qué te parece, negro? Y tú tanto tiempo que no agarrabas ni una locha, y tú tanto tiempo comiendo frijol sancochao. Asdrúbal no quiso seguir jalando machete y garabato. Pretencioso, gordo, rosaito y con una paca e rial. Debe sé buena la vaina pallá.

Tú sabías que eso pasaba con las mujeres porque lo sentiste cuando Chucha se te fue con tu compadre Luis, pero no que pasara con los pueblos. Lo cierto era esa angustia en el pecho y esas ganas tan inmensas de regresarte. Esa nostalgia que te abrazaba a la rokola del botiquín ubicado junto a la arepera donde trabajabas y mingo seguro para una bola de tu sueldo, la puta, la cerveza y B-7 y A-5 y otros discos del llano que escuchabas emocionado dibujando en tu mente la sabana, el patio de la casa, el bar de Juncio, los caminos y la gente, sobre todo la gente, porque ahora sabes que ese caserío nada valía sin la gente y por eso en cada recuerdo está un amigo con el comportamiento diario de los habitantes del campo. Algo extraño pero cierto, hay cosas que se visualizan mejor de lejos, será porque no se miran con los ojos del cuerpo, sino con los del entendimiento. Nunca te habías detenido a reparar la geografía del llano y menos aún el paisaje espiritual. Como el amor y los vicios que se comprenden ya establecidos, tampoco precisas cuándo empezó. Te convertiste, o más bien, descubriste que eras un poeta de la llanura. Te la pasabas cantando, recordando o improvisando versos mientras despachabas las arepas o los escribías sobre servilletas en los bares a disoras de la noche bebiendo cerveza en plena conversación con la rokola que te emborrachaba el sentimiento mientras te respondía las tristezas por cada canción llanera seleccionada en un franco contrapunteo de lágrimas. Esa rasca nunca te abandonó. Tenías dispersas por tu cuarto y

bolsillos así como caramelos, cintas de joropos que escuchabas en tu grabador o pedías que las colocaran en las camionetas y autobuses del transporte urbano o extraurbano. Te compraste un cuatro porque la fiebre te consumía y te corrieron de la pensión, la vez que definiste tu destino como coplero, insensibles a tu constante re mayor y a tu grito de seis por derecho y pajarillo. Un día no aguantaste más y con autoridad vertical decidiste volver. Regresaste al llano, al contrario a cómo llegó Asdrúbal aquella vez, eras más campesino que cuando te fuiste. Así me lo contaron. Que te instalaste en la pata de aquel guayacán con ese cuatro a componer canciones. Que los atardeceres te ponían melancólico y eras confidente de las sombras. Que tradujiste la palabra del relámpago cuando enseñaba su lengua en la distancia y por eso sabías qué buscaban los cocuyos en las noches de invierno. Que te asustó la pavita y prendiste velas a las ánimas. Que el oído se te puso afinaito para distinguir entre la polifonía de las aves, el canto de cada pájaro. Que entendías la conversa de los gallos en la madrugada y los mensajes de las nubes en el cielo inmenso. En fin, todo ese monte y que lo cargabas escrito en los pedazos de papel de las bolsas que daban en la bodega con el frijol o la azúcar. Pero te hacía falta una novia con una ventana porque tenías sesenta años y nunca habías dado una serenata. No podías sacarle pasajes nada más a los cochinos, al perro, a la tarde, al tordito, a las vacas o al cujial. Decidiste enamorarte de la hija de doña Eufrasia, quinceañera, la bordona de la

casa y con esa belleza criolla que a ti te inspira y de allí en adelante todas tus canciones de amor fueron para ella y también las serenatas, esas mismas que ella comenta bajo el lucero de las siete de la noche a escasos minutos en que tendrá el pezón arrugadito entre las manos del arpista que te toca el arpa para que cantes y que sonriente observa a Don Quijote tirado en el suelo todo aporreado por los molinos de viento.

Pulpero y borracho

*A Negrito Pinto
Yo me voy pal topochal
cuando estoy enratonao
porque entre las matas tengo
un litro e caña guardao.*

NICOMEDES GARCÍA FUE PULPERO y borracho. Al usar esa «y» lo hago con un criterio excluyente. No fue pulpero y borracho al mismo tiempo, sino por separado. Cuando Nicomedes era pulpero, todas sus acciones estaban encaminadas hacia esa actividad. De hecho, uno de los mejores abastos del pueblo fue el suyo. Volcado exclusivamente en la atención de su negocio, Nicomedes García no le probaba un trago de caña a nadie. Lo suyo era una de esas viejas pulperías autorizadas para vender de todo, por lo que expendía también aguardiente, pero don Nicomedes, el pulpero, no bebía ni una gota. Su vida en esos días giraba únicamente hacia la administración de su bodega. Pues sí, el único hombre que yo he conocido borracho y pulpero por separado, ha sido él. Chicho, su hijo, no salió así. Ese es borracho nada más. El negocio próspero que dejó don Nicomedes o mejor dicho su viuda, lo fue despilfarrando poco a poco hasta convertirlo en la tagüara que es hoy en día. Aunque supongo que ese negocio ya no existe y Chicho andará deambulando

por la calle, entregado por completo al alcohol, «vikingo» e perinola. Hace algunos meses fui al pueblo y visité el bar. Había dos mesas viejas con dos silleas de cuero y madera, chirriantes en lo destartaladas. El resto de las sillas eran tres perolas boca abajo. El piso estaba más que sucio, inmundo y el techo interno o raso, como le dicen, caído casi totalmente. En una pequeña nevera amarrada por la mitad con un mecate, enfriaba las pocas cervezas que vendía. Entré allí y estuvimos conversando. De ocho cervezas medias calientonas que me tomé, pagué tres, el resto fueron por cuenta de la casa. Don Nicomedes, sí que no. El sí era pulpero, era pulpero y si era borracho, era borracho. Eso sí, cuando se emparrandaba o decidía meterse a borracho aquello era apoteósico. Ese se ponía que no valía un centavo. Los borrachitos del pueblo se alegraban porque se empatotaban con él. Don Nicomedes lo que bebía era pura caña clara. En la calle, junto a su pelotón de borrachos, parecía una perra maluca con la manada de perros atrás. Al empezar, duraba seis meses bebiendo con frenesí. Con la misma ropa, sin bañarse y durmiendo en el suelo donde lo vencía la rasca. Por fortuna, de la bodega se encargaba su mujer y la mantenía más o menos estable porque don Nicomedes cuando quedaba limpio cogía hacia el establecimiento a buscar dinero. Nunca agarraba licor ni bebía en su cantina. Alrededor de los seis meses, cualquier mañana se levantaba, después de dormir alguna de las borracheras. Se le borraba la risa de la cara y serio se dirigía a su casa mugriento. Allí se daba un

baño largo, dormía como tres días y luego, repuesto, afeitado y vestido con ropa limpia, se sentaba con la mujer, con la que revisaba las cuentas del negocio y seguidamente, se entregaba al trabajo diario para convertirse de nuevo en Nicomedes García, el pulpero. Así se la pasaba año tras año, seis meses trabajando y seis meses emparrandao.

Pero en una oportunidad en que andaba de borracho y llevaba como siete meses bebiendo, alguien le gritó:

—Nicomedes, te pasaste de la raya, ya llevas más de seis meses.

Él respondió desde lejos, bien borracho y más alegre que siempre:

—¡De aquí pa'l cementerio!

Y fue verdad. Estuvo como dos años y pico emborrachao por el pueblo y luego se murió.

Madre de carne y hueso

*Huérfano deambulaba por la ciudad
buscando velorios para el llanto*

CARLOS ANGULO

LA RECUERDA OLOSOSA a jabón azul saliendo del baño de hojalata con la toalla enrollada por encima de las tetas hacia abajo. Luego en bata, sentada en el mueble de mimbre peinándose el cabello mojado, el gancho de pelo sostenido entre la boca, mientras con una mano utiliza el peine y con la otra se agarra las mechas. Está sin pantaletas. Antes de la ducha había pasado el sahumero por toda la casa, principalmente en el aposento y después colocado sábanas limpias que pronto tuvieron la fragancia a incienso del cuarto. Ya él se había escabullido hacia la habitación y la esperaba desnudo.

Tenía varios años de muerta. Hoy amaneció con esas imágenes lejanas claritas en la mente. Anoche se encontró con don Saturnino y se sorprendió de que un anciano con más de ochenta años todavía estuviera en un bar tomando cerveza. El don comenzó a hablarle del pasado. Le comentó que había sido muy amigo de su papá. También le dijo que había conocido a su madre. Lo escuchó con interés, pues su mamá había fallecido siendo aún muy pequeño. Don Saturnino perdió la suya

cuando tenía quince años. Eso le confesó, a partir de lo cual la conversa del viejo giró en torno a su propia madre y terminó llorándola. Aquello le impresionó, más de sesenta años de muerta y la lloraba como si hubiese sido ayer. No lo pudo evitar y también lloró, no por la mamá de don Saturnino ni por la suya mismo, sino por ella, porque ella había sido su madre. Cuando quedó huérfano, todos sus hermanos agarraron la calle. Él era el bordón, muy niño todavía para marcharse y quedó en la casa con su papá. De su papá no recuerda nunca un regaño ni tampoco un cariño. Casi siempre borracho, cocinaba, se servía la comida y se retiraba a comer en silencio. Él por su parte agarraba un plato y también hacía lo mismo. Tal vez por eso desde temprana edad fue un vago como dicen. Lo cierto es que apenas estudió el tercer grado. Le gustaron más las metras, los papagayos, los trompos y el cajón de limpiabotas para procurarse algunas monedas para la entrada al cine y para sostener la hombría a la que sin opción lo arrojaba la vida. Ella vendía cerveza en la casa y la visitaban muchos hombres debido a la cantidad de hijas hembras que tenía y al conjunto de comadres y amigas que allí cuadraban sus negocios para vender el cuerpo. Aquella llegó a ser su casa. Limpiaba zapatos y hacía los mandados. Llevaba mensajes a los hombres casados y colaboraba con las mujeres en las sesiones de brujería, todas por la buena fortuna o para atrapar a un macho. «¿No me le vas a dar nada al guaricho?», decía alguna cuando él llegaba de comprarle cigarrillos a cualquiera y no

se le veía intenciones para la propina. En esa casa le daban comida y se pasaba el día meciéndose en los chinchorros. Ella era quien más lo atendía, le compraba alpargaticas y franelas. Cuando lo miraba muy careto, lo mandaba a bañar. Seguidamente, la mujer se sentaba en un taburete y él de espaldas arrellanado en el suelo se metía entre sus piernas y ésta comenzaba a peinarlo y a sacarle los piojos. Se le dormía en el vientre borrachito del sueño, bajiao por sus manos y sus olores de hembra. En esa casa creció y por supuesto probó los primeros tragos de aguardiente.

Todavía era un carajito, la tarde cuando una de las comadres de ella lo llamó aparte y le dijo: «Mira, tú le gustas a fulana». Sorprendido le contestó: «Tú estás loca, esa señora es como mi mamá, si yo hasta le beso la mano». «Bueno, pero usted le gusta y está esperando que usted se lo diga porque ella es una dama y no se lo puede decir». Le respondió la comadre. Aquello le pareció una locura y no le hizo caso. Al mes y pico se estaba tomando una cerveza allá mismo y la comadre de ella le habló en privado de nuevo: «¿Qué pasó? No me le ha dicho nada a la mujé». «¿No te dije que esa señora es como una madre para mí?». Le reafirmó y fue cuando la comadre lo amenazó: «Ah, tú te la das es de arrecho, o me le hablas a la mujé o te pongo el ánima sola atrás». Coño, se asustó. A partir de allí, comenzó a beber silencioso mirándola distante. Ella reía echando broma con los hombres. Esa noche se emborrachó para agarrar ánimo, hasta que por fin

la llamó a solas y se le declaró: «Mire, que usted me gusta a mí». Ella le contestó sonriente: «No, mi muchachito, no seas embustero, yo no le gusto a usted, usted es el que me gusta a mí». Y le agarró un brazo y se lo apretó y se retiró contenta a seguir echando broma. Se acostó rascao en la misma casa, no era la primera vez que se quedaba a dormir allí. En la madrugada, la doña lo fue a buscar. Lo despertó meniándole las cabulleras del chinchorro. Lo tomó por una mano y lo pasó a su aposento. Lo desnudó, se acostó y levantándose el fondo se lo montó encima. «No tan rápido, mi amor, que esto no es una burra». Le decía.

Creció, vivió su adolescencia, jugó béisbol, bailó, tuvo novias, hizo el amor con otras mujeres, pero se mantenía con la señora. Además si consideramos que a su papá terminó venciéndolo el alcoholismo y no tenía motivación para permanecer en su casa. Era en la de ella donde comía, se bañaba y le lavaban la ropa. Así no durmiera con ella, pues esta tenía que atender a los clientes. A veces estaban en el cuarto y alguien le tocaba la ventana en la madrugada. Si no lo quería atender o no tenía necesidad, simplemente le contestaba: «Estoy ocupá». Y el hombre se marchaba tranquilo. Pero, si necesitaba dinero o quien la solicitaba era algún amigo apreciado, le decía en voz baja: «Levántate, mi niño, anda vete pal chinchorro, que tengo que trabajá». Y él se iba silencioso, se acostaba y se dormía serenamente sin reparar en lo que estuviese pasando en el cuarto contiguo.

Tenía los dieciocho años recién cumplidos cuando murió su padre y decidió irse para el cuartel. Cumplió el servicio militar, pero no regresó al pueblo. Ocho años estuvo en Caracas y otras ciudades trabajando albañilería. Por fin, cuando retornó a los diez años, se tropezó con que donde estuvo su casa habían construido una escuela. Al parecer se derrumbó, no hubo reclamo de ningún familiar, y la alcaldía removi6 los escombros para ello. Ella sí había progresado, su negocio ahora era un gran bar legalizado atendido por mujeres. Allí se acercó con unos amigos a tomar cerveza. La saludó respetuosamente y conversaron un buen rato. Bebió con desespero y al final de la noche se quedó dormido en una mesa con un rasc6n. Los amigos se disponían a moverlo para llevárselo a la hora de la partida, pero ella les dijo autoritaria: «A ese hombre no me lo mueven de ah6». Esa noche amaneci6 en su cama. Todo el d6a lo pas6 durmiendo y comiendo atendido por ella. En la tardecita cuando se disponía a marcharse, ella le pregunt6: «¿Para d6nde vas a ir?» «¿Qu6 voy hacer en este pueblo?» Fue su respuesta. «Tú sabes que esta siempre ha sido tu casa». Le dijo ella cari6osa. «Quédate, quiero que seas el marío mío. Toy cansá de tanto macho. Quédese conmigo, me ayuda aquí en el negocio, nada le va a faltar, empezando por esta». Y se dio una palmada en la cuca. «Y si tienes la mía, tienes la de todas las demás mujeres que trabajen para mí. Eso sí, la mujé suya soy yo. ¿Hasta cuándo vas andar porai dando carajazos parriba y pabajo?» Seguía conversándole mientras

le acariciaba el cabello como cuando niño, con la firme determinación de convencerlo.

Se quedó viviendo allí y ella desde ese día no tuvo más hombre que él. Por su parte la ayudó a atender el negocio, más que como su concubino como un empleado fiel. Todas las noches después del último cliente llenaba el refrigerador. Así se acostara borracho, tempranito se levantaba, recogía las botellas, barría, pasaba colete, limpiaba los baños, rastrillaba el patio y la cancha de bolas criollas. Estaba pendiente de las compras del negocio y de la casa. Se ocupaba desde el mínimo detalle hasta de lo más laborioso. Desde reponer un bombillo hasta reparaciones mayores. Nunca tomó un bolívar sin su permiso. Al tiempo, el negocio estuvo prácticamente administrado por él, sin embargo, siempre le entregaba la relación de gastos y ganancias, a pesar de que cada vez que lo hacía, ella le recriminaba: «Usted sabe que eso es suyo, ¿qué necesidad tiene de estarme rindiendo cuentas?». Pero él le replicaba: «No señor, la pinga, esto no es mío, esto es suyo». Y ella recibía las ganancias por no contradecirlo, luego guardaba el dinero y le decía: «Ahí está, cuando quiera agarra». Debido a la confianza que la doña depositó en él, las hijas empezaron a verlo con resentimiento. «Ese en cualquier momento te roba». Le dijeron una vez. Pero, ella se les arrechó: «En las vergas mías no se mete nadie, nojoda. ¿Yo me meto en las vainas de ustedes? Las puse a estudiá y no estudiaron un coño. Las que se quedaron aquí

terminaron metiéndose a puta como yo y las que se fueron pa la universidad no sacaron un carajo, lo que se pusieron fue a singá también. Ni pa puta sirven, nojoda, porque lo dan de gratis. Yo no, a esta cuca yo le saque la chicha, mejor dicho chupó chicha de todo el mundo. Ahora la coje uno solo. ¿Qué es más joven que yo? ¿Qué lo mantengo? Cómo no lo voy a mantené, si ese es hijo mío. Además ese muchacho trabaja, ese se gana los riales y ultimadamente, así no trabaje, si se mete a flojo, también lo mantengo. Si yo más bien le digo que se esté quieto». Más nunca le tocaron el tema.

La acompañó hasta los últimos días de su vejez. Ya anciana no tenían sexo. Él la trataba con cariño y consideración como a su madre. En su lecho de muerte le dijo: «Mira, mi niño, esas hijas mías son unas sayonas, esas no te van a dejar nada y tanto que tú has trabajado para echar adelante este negocio. Vamos a casarnos». Le propuso. Él le replicó comprensivo: «No hombre, mi viejita, no se preocupe por eso». Ante la insistencia de ella, se casaron. Al morir se encargó responsablemente del funeral y del entierro, luego recogió sus cosas personales y se marchó.

No había transcurrido un mes cuando estaba jugando una partida de dominó y le llegó un abogado al botiquín con unos papeles donde renunciaba a la herencia que le correspondía como viudo. Él los firmó sin comentario. Cuando el hombre se alejó satisfecho, los amigos le dijeron

pendejo. A lo cual declaró tajante: «Lo que yo necesitaba ya me lo dio en vida. No necesito más nada».

De eso hace tantos años, sin embargo, cuando don Saturnino lloró por su mamá, él también lloró por ella como madre, como amante, como amiga.

Ni de dónde ni pa qué

Yo antes de morirme, me mato

PEDRO SÚNICO

NUNCA PUDO COMO ESTAR sin hacer nada nunca dentro de lo que aprendió de lo que era hacer sin detenernos al análisis de lo hecho en su vida tan intrascendente para un ojo caminante ni pensar en Kant que según elaboró dentro de las elucubraciones mentales de su propio cuerpo sin moverse jamás del pueblo donde nació y se crió y se murió teorías filosóficas que según significaron y determinaron tanto en el pensamiento mundial quien sabe no tuvo la suficiente calma para contemplar una partida de dominó o de truco o de ajedrez y disfrutar cada jugada sin participar o acostarse con sólo acostarse una tarde ni supo de la importancia del crepúsculo del canto de las chicharras no tuvo el ojo de la contemplación ni para simplemente no ver sin espera de ver cayó en la maldición de sólo ser repetidor fríamente de las emociones que ya no fueron sentimiento alguno de los inventos trágicos y sublimes del mundo y él sólo haciendo allí solo práctico el hombre trabajando trabajando trabajo y más trabajo y orgulloso él que el 24 de diciembre y el 31 todavía en la faena estrujándole en la cara a los demás emparrandaos que él hasta no hace mucho trabajó y entonces

sucio y lleno de tierra se toma un trago de ron y mire cuando el ocio estorba y flojo nojoda flojo ese muchacho que salga marico pero no flojo ni ladrón si cuando lo botaron del trabajo o decidió retirarse después supo que no podía alejarse del lugar del trabajo y remolineaba incapaz de marcharse sobre las huellas de la costumbre y estuvo cuatro días bebiendo y se iba pa la fábrica a conversar con los compañeros de trabajo y los dueños le decían «ma que tu gastaño lo riale que tú no siaño asino que dándonos a yo pa mí guardote lo dinero» y tú riéndote de lo pendejo del musio y paseándotele en por la cara esa rasca bien sabrosa que cargabas y esos brincos como diciéndole lo que tú no sabías pero eso era lo que querías decirle borracho «mira musio el carajo lo que yo hago con los riales que me los paso por el forro el güevo que mira como los gasto aguardiente pa ca y pallá y que tómesese un palo Don mi don» y el musio «no, no baisano, yo no beba yo fuma tú cuida tú ahorra dame cua que mí guarda» y tú puyándolo por las verijas diez años trabajando y con el arreglo te compraste un equipo de sonido y un televisor y mandaste arreglar la nevera y le celebraste pomposamente los quince años a tu hija como fiesta no había habido en to esa verga más arrecha que la de los pajuos esos de la esquina que se la dan de una vaina y hasta mariachi hubo y güisqui y nojoda y lo malo fue lo de esos malandros que se colaron y armaron la pelea na guevoná musio lambucio que la alegría de un pobre con rial y emparrandao no la iguala la felicidad de los millonarios más ricos del mundo

y tú con esa algarabía pero sin poder alejarte que cuando fui mesonero y me retiré y entonces varias noches me iba pa la barra del restaurante donde trabajaba y me sentaba allí como un cliente orondo a beber cerveza y de todas las bebidas que yo servía y me gasté todos los reales que me pagaron allí mismo como un guevón y que así también aquella vez en una semana santa en la casa de las matas de naranjas mamones y el charco de agua y juegos de niños y hombres y mujeres y riéndose y preparando sancocho carne asada tocando cuatro y jugando barajas y dominó y bolas criollas y él allí mirando y que mirando y en un chance que estoy cerca de él yo que por circunstancias que ni vale la pena decir y que ni me acuerdo no estaba bebiendo esa vez y estoy a su lado que está solo por allá y cuando poco me confiesa que eso y que era lo que no le gustaba de los días en que no se trabaja porque y que no encontraba que hacer porque tan pobrecito era que no sabía qué hacer con el tiempo libre y tuvo que desembocar en lo que años después tal vez ni sabría y que treinta años en la fábrica estuvo cinco años más y tuvo que retirarse o jubilarse porque ya era inevitable y a lo mejor hasta era más rentable que así fuera que trabajando que ya no rendía lo mismo y entonces se resignó y hasta pensó en sembrar matas y de allí palante y ay no se sabe cómo y de repente perdió el habla y todo el tiempo sentao en aquella silleta y ocho años y que estuvo sin hablar y cuentan que se terminó de morir un día cuando por primera vez aprobó un arroz aguaito con guacharaca que no se sabe si

fue un güeso de esos delgaditos de la guacharaca o más bien un granito de arroz que se le fue por la nariz y se murió pendejamente y lo enterraron y la placa de reconocimiento que una vez le dieron en la fábrica terminó arriba del escaparate y luego los nietos con ella jugando con tierra en el patio y después oxidada y mojada y clavada en la tierra y más tarde ni se sabe cuándo la casa se cayó y nadie sabe nada ni de nadie ni donde ni pa qué.

El evangelio según los perros

*Lucero espiritual
que andas más alto que el hombre
yo no sé dónde te escondes
en este mundo historial*

JUANCHO POLO VALENCIA

EL SOL ESTÁ ARRECHO. En la calle de granzón las piedras son brasas ardientes. La quemadura en la espalda y en el rostro encandila como para recordar nuestra vulnerabilidad.

Unas mujeres comentan bajo la sombra de un cotoperí:

—La última, «El Señor» se «entregó» anoche al «Señor». ¡Tú has visto! Ese loco y que cristiano.

¡Llegaron los cristianos! Ay, si supieran el terror que causaba ese nombre entre las naciones indígenas cuando la invasión del imperio español. Pensaría tiempo después, pero ya sería muy tarde para arrepentirse de su «arrepentimiento».

—Eso es pura bulla, ese cada vez que se emborracha aparece en el «culto» y se «entrega».

—¿Quién era el predicador, Diógenes?

—¡Ja, ja, ja!

Bueno, pues, ¿y no nos enseñaron a leer y a escribir? ¿Y cuáles fueron nuestras lecturas? ¿Tú piensas que nos iban a dar a leer *El Capital*? Sí, como no, yo te aviso «chirulí». Los «clásicos»: los griegos, los romanos, la Biblia. Esas fueron las lecturas del pendejo. Quién iba a negar tamaño prestigio y de qué otra manera, luego que ya sabías leer y escribir, podrías ser importante en la conversa. «Mire, no sea ignorante que usted no ha leído la Biblia y la Biblia dice...»

Uno ahí sentado, ahí caminando, ahí cosechando el maíz o el algodón, pensando que te piensa entre las influencias de las únicas lecturas tenidas, sin intenciones de ser intelectual o exterelectual o ser actual y él decidió actuar y se convirtió en profeta de su propia biblia según lo imaginado que imaginaba y agarró de entre los griegos a Diógenes «esnuíto en pelota» buscando a los perfectos con una lámpara a pleno día.

He aquí ya al borde del infinito, esta psicología, las costumbres, el diario de navegación de los viajes sin opción a rectificar ningún pasado para futuro alguno.

Un perro increíblemente flaco, acostado en mitad de la calle, agoniza bajo el solazo inclemente. Cruzamos una mirada triste. Está pudriéndose con la sarna. Lo espanto para que se quite del sol, pero no se mueve, está muriendo. Por un momento pienso llevarlo a la sombra, pero me da grima. «Perro es perro». Pensé y seguí.

Allá en El Brinco, el bar más concurrido del pueblo a esta hora, en el amplio patio de bolas criollas, se escucha el arpa de Carlitos Pérez entre los árboles frondosos que junto con la cerveza mitigan el calor y vendan la sed de los perros.

Voy a beber esa música y a matar este «ratón».

Al llegar, un viejo de un solo colmillo y una mascá de tabaco apretada entre la encía, me saluda con la risa servil por la abstinencia alcohólica en el rostro de sus antepasados derrotados en una guerra antigua que nadie recuerda.

Estrecho su mano botutada de callos y me dan ganas de llorar. Pido dos cervezas. Hoy me emborracho de nuevo. Hoy me emborracho dos veces.

Siete peldaños tiene esta escalera. Vamos a ver. El primer escalón digamos que es el nacimiento. ¿Y el piso de dónde vengo? El segundo es la niñez. ¿El techo, qué representa? El próximo es la adolescencia. Ajá, ¿qué son las paredes? Me detengo en el siguiente y digo en voz alta para ensordecer la huella: este es la adultez, ¡la mayoría de edad...! y en voz baja me pregunto, cuando al fin me percato que no ando con la pata pelá: «¿qué serán mis zapatos?» En el otro escalón debería esperarme la madurez. No reparo en un chicle sucio pegado en un costado del eslabón. Camino sin volver la cabeza y digo: «Ese que viene es la vejez». ¿Y esa lámpara, qué significado tiene en

esta construcción alegórica? Esta metáfora como que anda mal, pero llevo apuro, no aguanto las ganas de orinar, no puedo regresar, pues ya la pierna izquierda me señala el último escalón y pienso mientras resuello resignado: «Es la muerte». Entonces, la pierna derecha me señala todo el espacio. ¿No ve? Yo sabía que esto no iba a resultar. ¿Qué significa este cuarto, sus paredes, aquella escoba en el rincón? Me detengo un rato, luego suspiro y el cuerpo amigablemente da la vuelta para volver y cuando vengo de regreso comprendo que existen escaleras que conducen a los sótanos, pero qué sótanos ni que ocho cuartos, si uno puede subir y bajar por la misma escalera y además de dos peldaños en adelante también es una escalera. Lo cierto es que ésta conduce al insólito sanitario de esta cervecería y ahora en la séptima orinada la subo más lento.

—¡Cristo viene!

—¡Ya vino, pajuos! Llegó a un bar de mala muerte. Allí era la cita. Quince días estuvo ahí y ustedes no acudieron. Bien borracho los esperó. Como vino limpio bebió a cuenta de ustedes. Ya se fue. Ahí les dejó ese cuentón, vamos a ver cómo carajo pagan esa deuda inmensa. ¡Ah!, y pensándolo bien, también vino convertido en perro sarnoso y de todas las casas lo espantaron.

Cuando nació parecía una vaina rara en aquella cuna: con los ojos de mamá y los pies de papá. Se sentía un ser estúpido. Todos reían de su aspecto y

hasta sus tíos lo ridiculizaban diciendo: «Si hasta se parece a mí». De niño, para orgullo de sus padres, se aprendió de memoria el himno nacional y de adolescente usó desodorante. Pero cuando escuchó la voz del profeta puso la torta: «Yo soy el camino, la verdad y la vida. Pande vas a coger con esa pata hinchá. Creed en mí. Yo soy el escogido, todos ofrecieron nacer de nuevo al pueblo, y como yo prometí que conmigo ni de vaina los metía en ese peo, me nombraron emperador. Es más, en verdad os digo, hay que defender al país, ya es hora de que nos pasemos el mapa de la nación por la verija para oler la patria».

Y como discípulo fiel, estuvo un año sin bañarse. Así descubrió la señal escrita en sus bolas. Inventó la inmortalidad oliéndose los dedos con los que se estrujaba la piel empegostada. Cosechó limones salvajes en su territorio que sólo su boca domesticaron.

De niño los jefes de los equipos de béisbol se peleaban por él: «Agarra tú a Diógenes». «Sí, güevón, ¿por qué no lo metes tú?» «Seré pendejo». «Conmigo juega si me das cinco carreras de ventaja». Que nunca mató un pajarito, no por amor, sino debido a su pésima puntería. Un día mató un mato, le tiraron tres al mismo tiempo y los demás admitieron que había sido él quien le pegó. Años más tarde recordó la mirada cómplice de sus amigos y dudó de aquella pedrada. Que mamó teta hasta los doce años. Que se chupó el

dedo hasta los treinta y tres. Que comió moco toda la vida. Que dormía arropado de pies a cabeza y con las chancletas en cruz debajo del chinchorro. Que todavía duerme así. Que sin embargo eso no contrarrestó las reiteradas pesadillas donde lo persiguen para matarlo. Que nunca pudo fabricar un papagayo y tampoco volarlo. Que cogió y se dejó coger jugando al sexo con otros niños. Que jamás pudo hacer un trompo y los que tuvo los bailaba «mujereao» y por eso nunca picó una trolla por temor a la burla de sus amiguitos ya machistas desde niños. Que su mamá le regaló un reloj y lo cambió por una pistolita de agua. Que no le gustaba jugar metras de a ganar. Que fue el niño más piojoso del pueblo. Que un día le encontraron como cincuenta en menos de cinco minutos cuando sin tomar en cuenta la vergüenza colectiva, registraron cabeza en la escuela y la maestra se reía sacando piojo. Que esos piojos le caían aun en el cuaderno en bachillerato mientras escribía en el pupitre y él los mataba clandestino con los dientes. Que repitió primer grado cuatro veces con un cuaderno de a locha sin una letra escrita siempre doblado en el bolsillo de atrás como una revista hípica. Que con él pelaron bola la tabla de multiplicar, el librito de catecismo y las reglas de oro de la ortografía. Que disfrutó el cosquilleo de los parásitos en el recto. Que hablando de recto también se agarró una manía con la mierda y un día estuvo horas y horas observando con admiración un mojón torneado al estilo barroco, hasta que no aguantó, lo agarró, lo envolvió y se lo regaló a su mamá en el día de las

madres. Que las palizas no lo acomodaron. Que se subía arriba de los árboles como un araguato para cagar a la gente que pasara por debajo. Que en todas partes escribía su nombre con mierda.

Aquella obsesión hacia los excrementos nunca lo abandonó. En uno de sus discursos, años después, lo fundamentaría: «Vivimos de mierda. La luz es el desecho del sol. El oxígeno desecho de la planta. Lo que no le sirve a uno le sirve a otro. Encima de mi sepulcro nacerá una mata de guayaba se me antoja, abonada con mis entrañas y en cada mordisco que le den a la fruta viviré al formar parte de la sangre de ustedes y viviré también cuando expulsen la parte que es semilla y nacerá otra mata de la cual las aves se alimentan y entonces vuelo con los pájaros y como el olor de la guayaba se esparce en el viento, me cuelo por el suspiro y el viento pallá y el pájaro pacá y etc. y etc. y etc...»

Como siempre, lo dejaron hablando solo y fue cuando invocó con la ira de los dioses a la impertinencia del rayo y fundó aquella organización secreta constituida sólo por él y esparció en la madrugada por las calles del pueblo su primer manifiesto clandestino, los cuales comenzaría a firmar con el seudónimo de Judas Caín:

¡poema!
tú que estás escrito
con la sangre del viento
vete y lame
los genitales infantiles

podridos
en las cunas oxidadas.

Y como el cuerpo de la sobrinita sabía que él sabía, apenas lo miraba le gritaba:

—¡Anda tío, caballito, caballito!

Esos fueron los tiempos en que se le pegó una discutidera con todo el mundo y no perdía una y ya nadie quería hablar con él y ante la indiferencia del público se subía como un candidato electoral arriba de las mesas en los bares o fiestas donde sin que lo invitaran aparecía de improviso exponiendo la buena nueva, ensuciando los manteles límpidos con sus características botas militares cubiertas de tierra o de barro. Cuando eso sucedía era casi seguro que a los días siguientes amanecía otro panfleto firmado por Judas Caín, pero todo el mundo sabía que era él:

Prófugo del cielo
despavorido viene el viento
dando frenazos
por las curvas de la montaña
no se bautiza
resbala entre las piernas marinas
mastica huesos
por la sabana chamuscada
abofetea los árboles
cae aparatosamente
en un basurero de oraciones
se levanta

sacudiéndose un ventarrón
no lo enviaron
prófugo del cielo vino.
Firma: Judas Caín.

No fue fácil que reconocieran la presencia de El Mesías. «No me daré por vencido. Si es preciso voy a criar culebras para plantar un bosque de árboles prohibidos». Pensaba, hasta que logró reunir la camarilla de vagos que lo acompañaron.

No se le conocieron milagros, pero estuvo a punto de hacer uno, no por sortilegios divinos, sino por sus lógicas de curandero. El primer y único enfermo que llevarían ante su presencia tenía una llaga en una canilla que nadie había podido curar y lo mandó a comerse un zamuro vivo. Como se quedaron mirándolo estupefactos, explicó: «Si de la bilis de un puerco tan grasiento como un cochino extraen un anticoagulante sanguíneo tan potente como la heparina y de las serpientes el antídoto contra sus venenos, el remedio contra el cáncer tiene que estar en el zamuro que come bichos muertos». Por supuesto, no le hicieron caso y cuando se alejaban con el enfermo, les gritaba: «Bueno y que quieren ustedes que haga yo, ni que yo fuera Dios, yo soy un profeta, un profeta...»

El maestro siguió en esa esquina emparrandao con sus discípulos un buen tiempo. Un día, cuando se les terminó el aguardiente, consideró oportuno la separación: «Hijos míos, id por el mundo a predicad mi palabra. Díganle a la gente que ustedes

no saben qué coño dicen los sapos en la laguna. Que no lloren más, que yo los recompensaré con la muerte eterna».

Mas, apenas se dispersaron, cada cual con su resaca, cantaron al unísono todos los gallos del pueblo.

¡Maldita sea!, después de lo que le costó resucitar y que ahora no pueda elevarse a lo perpetuo.

Nube
te burlas porque no te alcanzo
pero los niños
que tienen a los dioses como títeres
te harán morder el polvo
te tumbarán
con sus piedras vagabundas
para engendrarte la lluvia
y tendrás como castigo
endulzar al mar
nube.
Firma: Judas Caín.

Se alejó cabizbajo. Más adelante se encontró con la algarabía de una muchachada que se disponía a quemar a Judas en aquella Semana Santa.

—¡Quememos a Judas, Quememos al traidor!
—Gritaban.

Y se adentró entre la multitud gritando como un demente con los ojos desorbitados:

—¡Nooooooooooooo! ¿Qué hacen imbéciles? ¡Detente, detente, te dije que te detente! ¿Cómo puede ser Judas un traidor? Si él fue el designado para que se cumpliera la profecía de las antiguas escrituras. ¿No saben que Jesús debía ser entregado por uno de sus apóstoles? Así estaba escrito. Alguien debía hacerlo, sino Dios hubiera quedado en ridículo.

A él fue a quien de vaina no quemaron.

Incomprendido se alejó despacio pensativo. «Mierda, voy a tener que inventar otra biblia».

—¡Coño, es que no es fácil! Cómo te ayudo.

Le retumbaban los gritos en el pensamiento apretando los dientes y mirando pa arriba, pa abajo y pa toas partes.

—Les digo que eres generoso, que siempre escuchas, que no los abandonas, que los salvarás, que así lo dice la biblia, pero tú no apareces por ninguna parte. ¡No es fácil, no es fácil!

Ya de noche tropezó con un caminante. Se detuvieron frente a frente en el camino y lo saludó:

—Sálvate. Incorpórate al barco que se hunde el mar.

—¡Estoy soñando, Diógenes! —Respondió el hombre angustiado, sin hacer caso a sus palabras.

—Si la vida es un sueño, ¿qué carajo sueño cuando duermo? —Le dijo para consolarlo.

—Entonces, ¿qué me pasa? —Replicó el sujeto.

Diógenes lo observó con detenimiento y le habló con desgano:

—La luz proyecta sombra, no puede proyectar luz. La luz existe tapando a la sombra y la sombra tapando a la luz, por tanto donde hay luz hay sombra, sólo que nunca se tocan. Para que haya sombra, es necesario un objeto que sea alumbrado. Es decir, que el objeto es la sombra, por cuanto sólo se puede alumbrar lo que es oscuro. De allí que si sólo existe luz, en realidad no es luz, sino sombra alumbrada y como sólo puede oscurecerse a la luz, si nada más hay sombra, realmente no es sombra, sino luz ensombrecida. Mi sombra existe porque me alumbran y la proyecto, pero si me alumbran es que soy oscuro y si soy oscuro no debería proyectar sombra, lo que implica que mi sombra no es sombra, sino luz y si yo soy el objeto alumbrado y mi sombra es sombra quiere decir que yo soy luz y aquí debajo de este farol te digo que si la energía eléctrica produce luz, no se justifica que tú no tengas sombra, además en caso de que la electricidad no diera luz, sino sombra, tú serías la claridad por lo que no deberías estar caminando sin tu sombra, al menos que sea cierto lo que sospecho y eres sombra y eres luz por separado o en lo junto, en consecuencia, tú estás muerto, por

lo que te sugiero retornar al punto donde te moriste para que recojan el cadáver.

Aquella noche durmió debajo de un árbol y en la mañana lo despertó un miserable dispuesto a ahorcarse. Se quedó mirándolo como tembloroso trataba con torpeza de colocar el mecate en una rama. Seguidamente le dijo:

—No hay preocupación en el mundo que no la resuelva un trago e caña.

—Es lo mejor para mí— respondió el suicida en la faena.

—¿Por qué?— -reguntó Diógenes, paternal.

—Pienso demasiado en la muerte— expresó.

—Pensar en la muerte es tan inútil como detenerse a detallar cada respiro— aseguró Diógenes con su acostumbrada sabiduría.

—A mí me atormenta— confesó el autocondenado.

—Sí, hay quienes se enamoran cobardemente de ella— declaró Diógenes.

—Yo comencé un día a pensar en ella y ya no pude detenerme. No sólo en la que a mí me corresponde, sino hasta en la del sol y todo lo que existe. Era una lágrima que se destilaba segundo

a segundo y en uno de ellos se hizo combustible. Concluí que viviendo la muerte no me deja vivir y por eso voy a matarme para liberarme de ella—explicó el fulano decidido.

Diógenes, al escucharlo, rio estrepitosamente. Después habló jovial:

—Nadie ni nada es libre ni lo será nunca. Si algo debiera serlo es el movimiento. No obstante, está condenado a no ser estático. En cuanto a la muerte, ella no existe, pues, jamás nada deja de ser en términos absolutos. Ahora bien, este dictamen aplicado a la relación libertad-muerte se traduce en que no puedes definir tu posición en el cosmos hasta el punto de decidir tu no ubicación en el mismo. Esto último no eres libre de hacerlo, lo único que haces es transformarte en el universo.

Pero que va, aquella criatura tenía la firme determinación de matarse. No pudo convencerlo de lo contrario y no le quedó otra opción que ayudarlo a morir. Le puso el mecate en la rama y la horca en el cuello, mientras reía sin parar. Esa risa daría lugar más tarde a una tristeza igual de intensa con la que se marchó afligido.

Luego de aquellos sucesos estuvo quince meses sin hablar, durante los cuales se empezó a reunir otra vez con los amigos. En silencio, sus compañeros de tragos compartían con él, sin perturbaciones.

Hasta que una tarde, en plena partida de dominó, se levantó de repente con los ojos más desorbitados que siempre y dijo: «En este siglo han comprendido que mis reflexiones son peligrosas y por eso han personificado a Dios con Superman y venden chicles para que nos mordamos la lengua en esa visceral masticadera insípida».

—Nadie es profeta en su tierra— sentenciaron cuando le mataron la «cochina».

Guardó silencio otra vez y se sentó, pero ahora no estaba concentrado en el dominó, quién podría imaginar y percatarse de su gloria cuando a veces sonreía con una ceja erguida, justificándose en sus pensamientos a sí mismo con arrogancia y a sus amigos con lástima: «El ser humano ante una realidad insólita para su esquema mental adquiere un estado neurótico. De la misma manera reaccionaron contra él en la Edad Media y por eso fue que lo quemaron en aquella oportunidad».

Bueno, lo mataron también en un asalto: «¡Esto es un atraco!» Le había dicho una madrugada aquel malandro apuntándolo con un revolver en la esquina próxima a su casa. Él, pacientemente, se despojó de todo lo que cargaba y se lo entregó. No conforme, despacio, se quitó la ropa por completo. Totalmente desnudo, abrió los brazos en cruz y le dijo con voz profunda como declamando un poema: «He aquí mi piel límpida cual la noche sin estrellas. Dibújale el lucero de la mañana o el cometa de la tarde. ¿Qué más puedo ofrecerte,

hermano? Tendrías que tomar mi vida, siempre presta al gemido que desesperadamente busca garganta». Y el malandro se quedó mirándolo un rato extrañado y luego le dio un tiro en la frente. Allí quedó tirado en el suelo con su cara de güevón.

Lo cierto es que despreciado no se aguantaba. Alguien fue a orinar detrás de una casa vieja abandonada y allí lo encontró. Solitario entre la penumbra de la noche, sentado en el suelo, la espalda recostada en la pared y arropándose las rodillas con los brazos. El hombre se puso a orinar ahí cerca de él y lo escuchó expresarse amargamente:

Atado a mi carne
miro por la cerradura del nudo
y veo al viento
entre los tentáculos de la tierra
es cuando me siento pájaro
y quiero esconderme en el silencio
estridente de la chicharra.
Firma: Judas Caín.

Esto último también lo dijo por lo que es de suponerse que se percató de la presencia del orinador, pero fingió no haberlo visto. «Matraca e loco». Pensó el tipo sacudiéndose el güevo y se marchó.

Cuando al fin pudo silenciarse se dice que obtuvo la paz en el anonimato y al fin pudo pasar

desapercibido entre la multitud. Hasta que un día todos los ojos del pueblo lo descubrieron otra vez cuando alguien gritó de pronto en mitad del mundo: «¡Fooolmn!, aquí jiede a perro».

Ha retoñado
la ramita moribunda del rosal
es inevitable
su avalancha oxigenada
se me pudren
sus rosas en la lengua
y no tengo siquiera
un muerto en el cementerio.
Firma: El Narrador.

Y donde tú estabas la gente percibía esa hediondez, Diógenes. Y te bañabas cada momento y usabas perfumes y colonias de todos tipos para ver si disimulabas la jedentina. Fetidez que tú no percibías, pero que tanto te lo dijeron que ya te estabas sintiendo jediondo y un jodedor no muy jodedor te lanzó un papelito por la ventana con estos versos escritos:

Ese mar si tiene sal
ola ficticia danzante
canta el himno nacional
y rocía desodorante.
Firma: El Público.

Allí divisaste casi en tu punto de partida la decisión trascendente. Ni te bañarías ni usarías nada para disfrazar ningún olor. Acurrucado entre

las tetas de María, acariciándole la barriga de ocho meses de embarazo, le revelaste muy triste: «Yo sólo le quité la camisa de fuerza a mi locura y estrellé contra el ombligo del tiempo al ventilador que insistía en decirme que no con su gesto ridículo, a costa de masturbar mi piel con su aliento». En virtud de lo cual, te marchaste definitivamente:

Este odio es de clases
contra la ley de gravedad
que me aprisiona a la miel
siendo diabético
no me preparen equipaje
me mudo para la luna
a escribir mis poemas
en su arena sin brisa.
Sin firma.

Y ahora se comenta que María y que está enamorada de la luna porque todas las noches se la pasa mirando pa arriba quitándole cielo al sol, pues amanece más tarde y oscurece más temprano y cada noche, una luna llena eterna persiste arriba del pueblo. Y eso que doña Antonia le advirtió que las mujeres preñás no se deben acariciá la barriga mirando la luna porque el niño nace con un lunar igualito.

Ella lo conoció o mejor dicho supo de él en una parranda. Andaba con su marido y éste le comentó que por allí vivía un tipo pestilente, el cual siempre desprendía tufos de perro. Supo desde esa oportunidad el origen de la fragancia que la

cautivaba y le producía una sensación de vuelo en el pecho. Se opacó la imagen de su esposo y sentía que en la vida jamás había amado a un hombre como aquel. Su influjo no la abandonaba, alborotándole unas ganas irresistibles de fornicar con él. Pero no sólo fueron sus emanaciones, al escuchar sus palabras en boca de un pordiosero alcohólico que había sido su discípulo, lo buscó desesperadamente hasta caer embriagada de amor a sus pies besándole las patas con sus lágrimas cantarinas.

Ella, que se había casado enamorada de su marido con el cual sostuvo un largo noviazgo, pensaba: «Tiene que ser la barriga, Dios mío, tiene que ser la barriga». Pues para el momento de conocer a Diógenes y la causa de aquel aroma hechizante, estaba embarazada de su esposo. Al parir, supuso que el embrujo le pasaría, pero después el olor lo percibía de su hijo y como su hijo olía como aquel hombre, lo amó profundamente y se masturbaba bajo las lunas llenas con sus pañales orinados y cagados y le puso por nombre Diógenes y fue el niño más torpe del pueblo y el hombre más jablador de pendejuras porque una vez quiso ser profeta de la insoportable importancia de un envolvente e inocuo pretendido pensamiento eterno y una vez comenzó a heder a perro para todo el mundo, menos para una joven llamada María que se enamoró de él por su fragancia que fue divina para ella y que como estaba preñada para ese momento pensó que era por la barriga,

pero parió y el olor lo seguía percibiendo de su hijo y lo amó profundamente y le puso por nombre Diógenes y fue el niño más torpe del pueblo y el hombre más jablador de pendejuras porque una vez...

Espinas

*En cada mata de espina, de tu raudal, hay una
herida que sangra...*

PEDRO THELMO OJEDA. *Poesía, copla y sabana*

LA ÚLTIMA ESPINA que se sacó del cuerpo era bien diminuta, pero escondía todo el veneno mortal de su mísera existencia.

En esa espinita estaba el ripio del sancocho, lo más concentrado del odio allí, en esa espinilla que fue pellizcándose, pellizcándose, con una risita de placer suprema al dolor mediante el éxtasis de la sangre.

Cada día fue menos torpe para clavarlas. Se educó para la justificación irrefutable del crimen, junto a una habilidad infalible para la puñalada voraz. Fue adaptando el entorno paulatinamente alrededor de su víctima mediante un plan matemático de destellante conciencia para eliminar todo vestigio de inocencia y cualquier indicio de culpa.

No era la primera espina, gelatinosa y amellada que clavó al fondo de la torta a su propia madre entre una alegría de fuegos artificiales en su onomástico día de la misma cumpleaños y navidad y que ella agonizando de agradecimiento celebró

con el llanto emotivo inflándole el vientre hasta explotar y salpicar de sangre la calle harapienta y fuese la pudrición más completa en la piel ulcerada de una eufórica campaña electoral de aguardiente evaporado por la esperanza que tan sólo dejó esparcidas entre las matas sembradas una mañana de pájaros las botellas vacías con el rostro de los ídolos estampados en ellas destilando la mueca imbécil de la inmortalidad.

No era la espina de la mano mansa, tranquila, calculadora con la cual su padre acarició el látigo entre las huellas dactilares de su desgracia y lo descargó sobre su lomo con toda la fuerza posible del músculo encendido por la tragedia de ser esclavo para luego volver al trabajo tranquilo con la adulancia hacia el patrón alimentada por el odio hacia sí mismo.

No fue la espina del tamaño de un machete con la cual tasajeó a un socio quien no le dio tiempo de desenfundar primero como en un duelo de películas vaqueras. Ni fue aquella melosa del beso transfigurado en poema elaborado perfectamente según el tamaño del oído para la consecución de unas piernas abiertas al sexo infeliz.

Ni la que lo inclinó a marcharse detrás de cualquier ejército según la aceptación que tuvo la palabra en una tropa corrompida por la desilusión.

Ni la que le trasmutó el talento en arrogancia, la parranda en ritual, la salud en pulcritud y la ternura en mojigatería.

No era la espina del hambre solitaria celosamente escondida en un hueso de pescado en el bolsillo, una fruta podrida en el pecho y un grano polvoriento en el cabello ni la que le instauró el maleficio de convertir todo lo que tocaba en oro, en una artimaña al sol y en diamantes las estrellas.

Era la última espina de su estúpido comportamiento habitual ondeando como bandera la capa de Supermán la que clavó por última vez en el otro para el mismo caer también acribillado por todas las espinas de su mundo que nada tienen que ver por cierto con la vida clorofílica de las espinas mansas y serenas como una lagrima.

Índice

Prólogo de Earle Herrera	9
Cer o cho	13
Amantes de la noche	33
El carro	35
Encuentro	41
Cicatriz de guerra	43
La cerveza	49
Los delirios de misia Claudia	53
Trampas	61
El corrió de Anastasio Hernández	63
Larvas humanas	71
En los cuartos de residencia también sale muerto	75
La mudanza para el mismo sitio	89
Entre las cenizas del amigo	93
La deuda	101
El perro	105
El Don Quijote del Llano	113
Pulpero y borracho	117
Madre de carne y hueso	121
Ni de dónde ni pa qué	129
El evangelio según los perros	133
Espinas	153

*Este libro se terminó de imprimir
en los Talleres litográficos del
Instituto Municipal de Publicaciones
durante el mes julio de 2016
Caracas-Venezuela*

